

CAPÍTULO III

Los araucanos en la revolucion de 1851 i su séptimo levantamiento de 1859

Estado de la Araucanía en 1850.—Se prepara en Concepcion una revuelta armada en septiembre de 1851.—Las autoridades de la frontera.—Estalla la revolucion en el sur.—El gobierno de Montt encarga al jeneral Búlnes para que la sofoque.—Establecè su campamento en Chocoa.—Preparativos de los revolucionarios.—Eusebio Ruiz.—Cruz se traslada a los Anjeles para entenderse con los araucanos.—El comisario de indios, don José Antonio Zúñiga, se levanta contra la revolucion.—Los indios de la alta frontera se ponen de parte de Cruz.—El ejército de la oposicion marcha al norte.—Los indios sorprenden a Zúñiga i lo ultiman.—Búlnes avanza a Chillan.—Combate del monte de Urra.—Búlnes contramarcha al norte i Cruz lo persigue.—Batalla de Lonconilla.—Tratado de Purapel.—La Araucanía desde 1851 hasta 1859.—Las tribus se sublevan este año.—Combate de San Carlos de Puren.—Combate en Concepcion.—Operaciones en la frontera.—Los montoneros en Nacimiento i los Anjeles.—Combate en Maipon.—Sorpresa de Picul.—Domingo Salvo.—Los revolucionarios entre los araucanos.—Ataque de la plaza de Nacimiento.—Choques en Renaico.—Combates en la costa: Carampangue, Cupaño, Quiapo i Arauco.—Nuevas operaciones militares en la alta frontera: èspedicion a Malleco, sitio i defensa de la plaza de Negrete.—El coronel Villalon en Puren.—Derrota de los indios costinos en Tirúa.—Parlamento de Tucapel.—Èspedicion en la alta frontera.—La tregua.—Bernardino Pradel i los demas comprometidos en el movimiento revolucionario.

Tocaba a su término el año 1850. La sociabilidad, la organi-

(1) El nombre de este cacique era Lorenzo i no Juan, como lo designan los historiadores equivocadamente.

zacion administrativa, el comercio i la agricultura habian avanzado en la frontera hasta el punto de hacerse, aunque no invulnerables, indestructibles al empuje araucano. Las faenas agrícolas sobre todo, se dilataban en un horizonte mas vasto, a causa de la esportacion que habian creado los descubrimientos auríferos de California i de la cesion que de sus terrenos iban haciendo los caciques residentes en las proximidades de la línea divisoria. Las comarcas feraces de la costa i no escaso número de las que median entre los rios Laja i Biobío, eran en las que los cultivos de cereales tomaban mayor incremento.

Hasta el espíritu de asociacion, tan poco desarrollado en aquel entónces, nacia al influjo de estas especulaciones agrarias. Habia en Concepcion una sociedad llamada Molineros del Sur, que unia a los miembros de esta industria i daba a conocer el estado de adelanto que comenzaba a surgir en la rejion meridional.

Esta prosperidad influia tambien en el bienestar de los indios; porque con el intercambio de objetos que practicaban con los habitantes de los lugares fronterizos, crecian sus estensiones cultivadas i la crianza de sus ganados, ocupaciones que los predisponian a la vida pacífica.

Pero lo primordial era que la línea militar se encontraba ahora mejor defendida que ántes. La visita que concluyó de practicar don José María de la Cruz en mayo de 1850, con motivo del naufragio del bergantin *Jóven Daniel* i en calidad de jeneral en jefe e intendente de Concepcion, habia servido, si no para avanzar la ocupacion, al ménos para tomar algunas medidas militares encaminadas a mantener quietos a los indios en sus reducciones. Fué la primera la de organizar un batallon cívico de cuatro compañías en Yumbel i Rere, que sirviesen de refuerzo en un caso dado a los de la Laja i Lautaro. Quedaba así resguardada sólidamente la frontera por el flanco del este. Por el opuesto la defendian los escuadrones de Colcura, Santa Juana, Arauco i Nacimiento.

Las fuerzas de ejército formaban sin duda el verdadero baluarte de los pueblos de la raya fronteriza. El Carampangue estaba de guarnicion en Arauco; el Valdivia, que tenia por comandante

a don Bartolomé Sepúlveda, en Nacimiento, i tres compañías de cazadores a caballo, en los Anjeles.

Otra atencion que preocupó en seguida a Cruz, fué la de reparar los cuarteles i las obras de defensa. El estado de destruccion de los fosos i parapetos de los recintos antiguos de las plazas, era lamentable. Cruz emprendió el arreglo de unos con los soldados de línea i solicitó del gobierno la compostura i ensanche de otros (1).

El réjimen para la administracion militar consistia en dos comandancias de armas especiales de la alta i de la baja frontera, con autoridad en las particulares de su territorio i todas sometidas a la jeneral de la provincia. Esta division orijinaba frecuentes entorpecimientos i competencias de jurisdiccion, en que solia intervenir el gobierno.

El estado mismo de las tribus en sus relaciones entre sí daba garantías de paz en este año. En las inmediatas a las plazas se jeneralizaba la conviccion de que la tranquilidad, el apoyo de las armas del gobierno i la comunicacion con los individuos de orijen español, les reportaban mayores beneficios que la guerra. Las del interior temian que éstas, obedeciendo a odios i sobre todo a inherentes propensiones de raza, las atacasen con peligro de sus existencias i detrimento de sus haciendas. Los pehuenches, por la distancía en que residian i los agasajos con que se les contentaba, no constituian un peligro inmediato.

Pero al inquieto araucano le bastaba un leve motivo, cualquier llamado a la accion, para interrumpir la paz, descolgar su lanza, subir a su caballo i correr al encuentro del enemigo i del botin. La contienda civil de 1851 vino a proporcionarle la oportunidad de precipitarse a la revuelta.

El 10 de febrero de 1851 se reunió en Concepcion un grupo de ciento cuatro ciudadanos i proclamó al jeneral don José María de la Cruz como candidato para la presidencia de la República. Era en esta fecha el ilustre servidor de la nacion intendente de la provincia, i como tal, su nombre gozaba de una preponde-

(1) Memoria del jeneral Cruz sobre sus operaciones en la Araucania, a consecuencia del naufragio del bergantin *Jóven Daniel*.

rancia sin contrapeso en los pueblos del sur i en las tribus de la Araucanía. En el trascurso de un mes se adhirieron a esta proclamacion porciones respetables de Talcahuano, la Florida, Santa Juana, Talcamávida, Yumbel, Nacimiento, Santa Bárbara, Tucapel i Arauco.

Aceptaron tambien otros pueblos de la República al candidato de la provincia de Concepcion. Trabóse una lucha electoral entre éste i el del gobierno, don Manuel Montt, i se verificaron las elecciones el 25 de junio en condiciones desfavorables para Cruz, quien, desde Santiago, se trasladó en el mes siguiente a la ciudad capital del sur. Añitaban aquí la opinion pública contra el presidente electo los señores Pedro Félix Vicuña, Bernardino Pradel, el jeneral don Fernando Baquedano, José Antonio Alemparte, Manuel Zerrano, Benjamin Videla i otros.

El 10 de septiembre el jeneral Cruz resolvió ponerse desembozadamente a la cabeza de una rebelion armada.

Gobernaba la provincia en esta fecha el coronel Viel, jefe de ideas vacilantes en política, partidario al principio de la revolucion i su enemigo mas tarde, cuando el gobierno lo agració con los títulos de intendente i jeneral. Se hallaba en Concepcion porque habia sido comisionado para dirigir en 1850 una campaña contra los indios que asaltaron a los náufragos del bergantín *Jóven Daniel*.

El coronel Riquelme, no ménos conocido que el anterior en las leyendas guerreras de la Araucanía, mandaba como segundo. «Era, en aquella época, gobernador del belicoso departamento de la Laja i comandante de la alta frontera, el coronel don Manuel Riquelme, uno de los tipos mas acabados del inculto *arribano*, es decir, del indíjena, con toda su innata malicia i sus instintos aviezos, forrado en la carne, en el buen sentido, i, mas que todo, en el disimulo del civilizado europeo. Contábanse de él muchas «barbaridades» de palabras i ademan, pero conocianse mui pocos rasgos de su conducta que no estuvieran basados en un juicio recto de las cosas, i mas comunmente, en la astucia solapada. Primo hermano del jeneral O'Higgins, habia sabido evitar su caída a la par con su deudo; i sirviendo a todos los gobiernos que sucedieron a aquél, le mantenía, sin embargo,

grato a su afeccion, sea cuidando de sus intereses, sea lisonjeándole en sus esperanzas políticas o en las aficciones de su hogar.

»Muerto el jeneral O'Higgins, legando su hacienda de las Canteras al presidente Búlnes, Riquelme habia hecho traspaso de su fidelidad, junto con el inventario del fundo, a su nuevo patron, i era, por consiguiente, su mas decidido partidario. Pero, al mismo tiempo, es preciso no olvidarlo, lo era del jeneral Cruz, primo de aquél e intendente de la provincia. Así fué que cuando se proclamó su candidatura, encontrándose en los baños de Chillan, dijo a don Bernardino Pradel que contase con su adhesion a toda prueba; pero dos semanas mas tarde, habia cambiado totalmente: i sin mas influjo que una carta del presidente Búlnes, fuese a las fronteras, tomó posesion de su gobierno, junto con la comandancia militar anexa a éste, i desde aquel momento se hizo el jefe de la resistencia ministerial en los Anjeles, punto mas importante que Concepcion i que otro alguno, para comprimir o dar vuelo a las revueltas. Ningun hombre sirvió, por consiguiente, con mas eficacia las miras del gobierno en el sur, durante la crisis de 1851, que el coronel Riquelme, i así lo entendió el presidente Montt, premiando sus esfuerzos con el grado de jeneral» (1).

Como en la espada del jeneral Baquedano, los revolucionarios cifraban grandes esperanzas en la del sarjento mayor don Pedro José Urizar, segundo jefe del Carampangue.

Cruz queria preparar el movimiento militar con toda calma,

(1) VICUÑA MACKENNA, *Administracion Montt*, tomo III, páj. 163. Se conservan aun en el sur numerosas anécdotas acerca de los caprichos i rústicas jenialidades de Riquelme. Se puede recordar una como tipo de todas. Un campesino entró a los Anjeles con una carretada de *voqui*, enredadera que se utiliza como amarra. Riquelme, autoridad del pueblo, que departia con un amigo de confianza en la puerta de su casa, lo detuvo i le preguntó por el precio. Dijoselo él campesino i le advirtió que iba vendido. El coronel, dando a conocer su carácter de mandatario local, le ordenó terminantemente que descargara la carreta. Observó el amigo del perentorio militar que no habia ninguna lei que lo autorizara para cometer esa violencia, a lo que él contestó: «Yo conozco una».—«¿Cuál?» preguntó su interlocutor. Riquelme responde: «La lei del *voqui*.» Desde entonces se suele usar esta frase como un refran de ironia en el sur.

En el mes de septiembre se hallaba en su hacienda de Peñuelas, situada al noreste de Yumbel, desde donde se comunicaba con los agitadores de Concepcion i Chillan. Esta ciudad era su objetivo como punto estratégico para el éxito de las futuras operaciones, i el rejimiento de caballería «cazadores» que la guarnecía, la base indispensable de las unidades de guerra que pensaba formar. El comandante de este cuerpo, coronel don José Manuel Jarpa, habia dejado de mandarlo por enfermedad o por evadir compromisos; quedó por este motivo bajo las órdenes inmediatas del intendente de Ñuble don José Ignacio García, ardoroso servidor del gobierno.

Los jefes adictos a Montt estaban persuadidos de la existencia de una conspiracion. Movido por esta creencia, el cauteloso Riquelme indujo a mediados de agosto, al capitán del Carampangue don José Soto, destacado en Nacimiento, a que se subleva contra sus jefes i reconociera como comandante a don Bartolomé Sepúlveda, motin que Viel desaprobó enérgicamente. A fines del mismo mes escribía a éste el intendente de Ñuble, coronel García, acerca de la certidumbre que tenia de un próximo estallido revolucionario, i le pedia al efecto la brigada de artillería de Talcahuano i 25,000 tiros de fusil.

Hubo de cerciorarse al fin el intendente de Concepcion de que pisaba sobre un volcan, i el 13 de septiembre salió de esta ciudad para los Anjeles con la brigada de artillería de Talcahuano i dos compañías del batallon Carampangue. Asumió el mando de la ciudad en carácter de sustituto don Ambrosio Andonaegui.

El dia 12 de septiembre circulaba públicamente en Concepcion la noticia de que existia una acta de compromiso, suscrita por las personas hostiles al gobierno, para llevar a cabo un movimiento revolucionario. Habia, pues, urgencia para los agitadores en precipitar los sucesos, mucho mas cuando al peligro de la notoriedad de los hechos se unia el de la próxima llegada del sur en el vapor de la carrera de un grupo de empleados civiles i militares, destinados a reemplazar a los sospechosos. Resolvióse, en consecuencia, que el levantamiento se efectuaría esa misma noche, resolucion que, rechazada al principio por algunos corifeos de la conspiracion, tuvo al cabo que aceptarse por todos.

El capitán de marina don Pedro Angulo, de fama desde el lance del bergantín *Aguiles*, quedó comisionado para apresar el vapor que llegaría del sur. El de asamblea don Cornelio Saavedra, se tomaría la guardia de cárcel, i el teniente del ex-batallón Valdivia, don Benjamin Videla, la del cuartel cívico.

El jeneral Baquedano asumió de hecho el cargo de comandante de armas i a sus órdenes quedó la brigada de artillería que guarnecía la ciudad i mandaban el mayor don Bernardo Zúñiga i los oficiales Juan José Gaspar i Mauricio Apolonio.

A las once de la noche se presentó el jeneral Baquedano al cuartel de artillería, vestido de parada. La tropa lo aclamó.

Al mismo tiempo llegó también el teniente Videla, quien, al mando de cuatro hombres, se encaminó al cuartel de los cívicos. Como lograra engañar al centinela e introducirse al interior, trabó una brevisima lucha personal con el sarjento de guardia, despues de la cual quedó dueño de ésta, que no tardó en reconocerlo i someterse.

No ménos afortunado anduvo el capitán Saavedra. El oficial de guardia en la cárcel, cívico novel, se entregó sin oponer resistencia.

Angulo no tuvo tampoco dificultades en su empresa. Tan luego como el vapor *Arauco* anclaba en Talcahuano, 8½ de la noche, envió una órden al capitán don Jorje Middleton para que desembarcase. Una vez en tierra, lo obligó a hacer bajar el resto de su jente i quince pasajeros. Quedó así dueño del buque i de la cantidad de 1,200 onzas que en él venían.

A las 12 de la noche la revolucion estaba consumada sin pérdida de un solo hombre.

Vicuña toma accidentalmente el mando de la provincia i despacha propios a todas partes con la noticia de lo sucedido, en particular a Peñuelas para el jeneral Cruz, a los Angeles para Viel i a Arauco para Zañartu, comandante del Carampangue.

Al día siguiente el pueblo se agrupa en las calles i en la plaza principal, viva a los protagonistas del drama que comenzaba i acepta el movimiento revolucionario recién operado. Vecinos caracterizados de la ciudad suscriben una acta, cuyas disposiciones principales contenían el nombramiento político i militar

del jeneral de division don José María de la Cruz, el de Viel para intendente, i en su defecto, don Pedro Félix Vicuña, i el del jeneral Baquedano de comandante de armas. Sin dilacion se procedió a la eleccion de un nuevo cabildo.

Todo terminaba bien en Concepcion; pero iban a surgir inconvenientes que pondrian en peligro de ahogar en su nacimiento la insurreccion del sur.

El emisario de Vicuña llegó a Peñuelas a las 11 del 14. Cruz se impuso de las comunicaciones que se le enviaban con la mas intensa sorpresa; creía que aquel movimiento prematuro hacia abortar los planes de una revolucion seria i bien combinada. Afectado casi hasta el terror, despierta a don Bernardino Pradel i le da a leer las cartas.

Pradel tomó en el acto la resolucion de correr a Chillan, para practicar la última tentativa de inclinar a la causa de la oposicion a los cazadores. Sin arribar a nada concreto i provechoso con los cooperadores de la revolucion i estando a punto de caer en manos de la autoridad, vióse precisado a regresar a Peñuelas en la mañana del dia 15.

Cruz, atormentado por las vacilaciones i una cruel enfermedad de disentería, respondió al fin que no aceptaba la responsabilidad de un movimiento que no tenia probabilidades de buen éxito.

El comandante Zañartu contesta igualmente desde Arauco una nota lacónica, seca i de escusa en el fondo; mas aun, despachó un propio a los Anjeles para ofrecer sus servicios a Viel contra los amotinados de Concepcion.

Este jeneral rehusa por cierto, en términos dignos i levantados, la intendencia de Concepcion que le ofrecía el pueblo revolucionario.

El jeneral Baquedano i Vicuña no desmayan en cambio, secundados por un grupo de jóvenes resueltos, i se preparan a resistir la accion combinada del comandante Zañartu del Carampague en Arauco, del intendente Viel en los Anjeles i de García en Chillan.

Afortunadamente se hallaban comprometidos en la sedicion el comandante don José Vicente Venegas, jefe del escuadron de

cazadores recién traído de Chillan a los Anjeles, i el sarjento mayor don Pedro José Urizar, que mandaba tres compañías del Carampangue, de guarnicion en el mismo pueblo.

El día 14 de septiembre se supo en esta plaza la alteracion del órden i de autoridades que tuvo lugar en Concepcion. Convinieron los dos jefes pronunciarse el 17. Ambos cuerpos estaban en el cuartel principal situado en la plaza de armas. Los cazadores tenian sus caballos en Human, a corta distancia de la poblacion. A las 8 de la mañana Urizar se dirije con su tropa a la plaza i se adhiere solemnemente al movimiento subversivo de la capital de la provincia.

Venegas mientras tanto consigue que sus soldados monten a caballo i se une al coronel Riquelme, que marcha hácia Chillan con algunos milicianos. El jeneral Viel, perplejo e irresoluto, habia salido tambien esa mañana para Rere. Solo quedaba aislado en Arauco el comandante Zañartu, con una compañía de granaderos.

La pérdida de cazadores, fué considerada por los jefes de la revolucion como un contratiempo que modificaba en mucho sus planes de invasion al norte.

Las noticias de lo sucedido en los Anjeles llegaron a Concepcion en la mañana del 18 de septiembre, aniversario de la patria que el pueblo celebraba con inusitado regocijo. El mismo día llegaban a la ciudad otras dos nuevas que hicieron desbordar el entusiasmo de los opositores: el levantamiento revolucionario de la Serena i del batallon Chacabuco de Santiago por una parte, i por otra la resolucion del jeneral Cruz de ponerse al frente de la revolucion del sur.

Habiase operado, en efecto, una reaccion rápida i decisiva en la voluntad del noble veterano, contra el estraño parecer de don Bernardino Pradel, hombre de un carácter tan estraordinario como firme. Disuadido este último por el jeneral, emprendieron el 16 viaje al sur desde Peñuelas, Pradel a los Anjeles i Cruz a Concepcion, con grandes penalidades por el mal físico que lo angustiaba. El 20 a las 11 de la noche penetraba a la ciudad.

Desde su lecho de enfermo dirijió al día siguiente un mani-

fiesto al país, i comenzó a tomar las primeras medidas para organizar la guerra civil, que se iniciaba desde esa fecha de una manera osada i sin lugar a vueltas de nadie.

El gobierno tampoco permanecía en la inaccion mientras se formaba en el sur la tempestad que debía avanzar al norte. El día 20 de septiembre recibió el jeneral don Manuel Búlnes, recién descendido de la silla presidencial, la comision «de pacificar el sur». Se declararon en estado de sitio las provincias de Maule, Ñuble i Concepcion i se dieron al encargado de dominar la rebelion «omnímodas facultades militares». El mismo día el jeneral en jefe designó la plana mayor del ejército que iba a organizar. Confió el cargo de jefe de estado mayor al jeneral don José Rondizzoni, con la correspondiente dotacion de ayudantes i oficiales; el de su propio secretario a don Antonio García Reyes; el de auditor de guerra a don Manuel Antonio Tocornal; comisario a don Francisco Vieites; cirujano al doctor Rios, i capellan castrense al clérigo Despott. Solicitó a la vez 40,000 pesos, 1,000 fusiles, otros tantos sables, 300 carabinas i 50,000 tiros a bala. Se ordenó, por último, que el comandante don José María Silva Chávez, jefe del Chacabuco o núm. 4, en San Bernardo, se dirigiera al sur, i que el comandante Yáñez marchase a Curicó a formar un escuadron de lanceros de línea. En la tarde del 21 salió Búlnes para Talca.

La provincia de Maule se levantaba asimismo en armas contra las autoridades del gobierno, movida por el benemérito veterano de la independencia don Domingo Urrutia. Viendo por este motivo el coronel García interrumpidas sus comunicaciones con el norte, abandonó sus cuarteles de Chillan para replegarse a Longaví. Esta retirada tan oportuna vino a mejorar mucho la situacion del jeneral Búlnes, porque la division del intendente de Ñuble era escojida i podia servirle de base sólida al ejército que organizaba. Formábanla dos escuadrones de cazadores a caballo, mandados por el comandante Venegas; una compañía del Yungai, de 100 hombres; el escuadron de la Laja con 70 plazas, comandante Aguilera; el de Chillan con 130, comandante Briseño, i el batallon cívico del mismo pueblo con 430 soldados i en un

pié de instruccion que no tenia mucho que envidiar a los de línea. Semanas despues tomó el mando de este cuerpo el comandante don José María del Canto.

El 26 de septiembre el jeneral en jefe partió al encuentro de la única fuerza organizada de su ejército. No sintiéndose tampoco bien seguro en la línea del Longaví i notando que la desercion disminuía las filas, del batallon Chillan sobre todo, dispuso que esta division de vanguardia retrocediera el 3 de octubre hácia el valle de Loncomilla. El día 4 el campamento quedó establecido en la hacienda de Chocoa, sobre la ribera derecha de aquel rio i un poco al sur de San Javier.

A fines de octubre las fuerzas del orden, como se las denominaba entónces, llegaban a 3,345 hombres de los siguientes cuerpos, inclusive la division del intendente García de Chillan: el batallon Buin, que obedecia a los sarjentos mayores Peña i Lillo i Basilio Urrutia; una brigada de artillería, que mandaba el comandante don Erasmo Escala; el batallon Chacabuco, a las órdenes de Silva Chávez; el batallon cívico Colchagua, compuesto de las compañías de Rengo i San Fernando i dirigido por el comandante don Juan Torres; el batallon de línea Chillan, organizado con la compañía del Yungai i bajo las órdenes del capitán José Campos; los lanceros del teniente coronel don José Antonio Yáñez; 182 granaderos, comandante don José Tomas Yávar; los escuadrones cívicos de Rancagua, Curicó i Linares; el batallon cívico de Talca, bajo el mando de don Santiago Urzúa.

Los revolucionarios no perdían tampoco un instante en alistarse para la lucha. Personificaban la actividad febril el jeneral Baquedano, el intendente Vicuña i don José Antonio Alemparte. Estendia este último su accion, ademas de los negocios militares i civiles, a los de marina, que tenían su centro en Talcahuano. Alemparte se distinguía especialmente en la eficacia de sus servicios; pues, por ser hijo de la provincia, conocia a los hombres i las cosas de su tierra mejor que nadie, i por haber sido patriota de la independencia i mandatario de Concepcion, tenia sobrado prestigio para obtener un éxito lisonjero en sus empresas.

El 15 de septiembre, a la raíz del pronunciamiento, se ordenó que el ayudante de la intendencia, don José Antonio González, organizara un batallón de línea i el 16 se acuarteló el de los cívicos de Concepción i se le dió la denominación de Guías, para honrar la victoria que los chilenos obtuvieron en Lima en 1838. El 18 se acordó además la formación de un escuadrón ligero de veteranos que reemplazara a los cazadores. El 23 estuvo listo i el mismo día salió a campaña al norte, mandado por el resuelto oficial don Ramon Lara. En la misma dirección salió Videla, con el grado de sarjento mayor, a la cabeza de una fracción de infantería cívica.

Lara siguió avanzando en dirección al norte hasta ocupar la villa de Quirihue i al concluir el mes de septiembre, en unión de las montoneras del coronel Urrutia, la plaza desguarnecida de Chillan.

El 28 de este mes se decidió también por la causa de Cruz el comandante Zañartu del Carampague, hasta esa fecha hostil a ella; pero, declarando previamente que lo hacía por amistad al jefe que la acaudillaba i no por simpatía a los principios que invocaban sus promotores.

Mas que este militar, que entraba a la revolución indeciso i arrastrado por las circunstancias, valia el concurso que le venia a prestar en la frontera un modesto i heroico adalid de las guerras de la independencia, Eusebio Ruiz. El brillante historiador que hemos citado, hace resaltar el cuadro de sus hazañas con estas pinceladas llenas de atrayente colorido: «Había visto la luz en Nacimiento, madriguera de leones, ántes que población de pacíficos colonos, avanzada hácia adentro de la frontera araucana.

»A los 15 años de edad tomó las armas, alistándose como soldado distinguido en el cuerpo de cazadores a caballo, que mandaba el coronel Freire en 1817 i en el que servia, con la graduación de teniente, su hermano Ventura Ruiz, otra de las lanzas que han dado alto nombre a Nacimiento. Hallóse, por consiguiente, en todos los encuentros que en aquel año nos hicieron dueños de la raya del Biobío, conquistando cada uno de los fuertes que protejen sus vados, a filo de sable. Penetró uno de

los primeros en la plaza de Nacimiento el 8 de mayo de aquel año; apoderóse en seguida de Santa Juana, bajo las órdenes del valiente Cienfuegos llamado vulgarmente el *Tacho* por la ronquera de su voz. Cuéntase que, en uno de estos ataques, el insperito recluta de cazadores echó el cartucho a la carabina con la bala en el fondo, por lo que el tiro no partió; reconviéndolo en el acto su inmediato jefe, que era entonces el capitán don Salvador Puga, la respuesta de Ruiz fué tirar la carabina al suelo i desnudar el sable i exclamando: *esta es el arma de los bravos!* i se arrojó en medio de las filas enemigas.

»Durante la campaña de 1818, Ruiz confirmó su valor con su sangre. Protejiendo la retirada del ejército, recibió una lanzada en las llanuras de Quechereguas, que él se hizo pagar, empero, a sus anchas, en la planicie de Espejo, pocos días mas tarde. Sabido es que su cuerpo, con Freire a la cabeza, rompió al fin el cuadro del Burgos en la derrota de Maipo.

»De las batallas en que el jóven Ruiz peleaba como jinete, pasó en breve a los encuentros de la mar. Embarcado con Lord Cochrane en 1819, encontróse en el asalto de Pisco i en el combate de la Puna, a la entrada del rio Guayaquil, donde fué herido de bala. Un año despues, volvemos a encontrarle en el sur, recibiendo otra herida de lanza en un encuentro (29 de diciembre de 1820), en el que su bravura dejó atónitos a sus soldados i al enemigo mismo que le acosaba. *Boleado* su caballo en un encuentro con las tropas de Benavides en la vecindad de Chillan, rodeóle un enjambre de indios que le asestaban sus lanzas, mientras sus compañeros iban a rehacerse a corta distancia para emprender una nueva carga. Defendióse Ruiz con increíble destreza, durante muchos minutos, con su lanza, i cuando los suyos llegaron a rescatarle, le encontraron todavía en pié, con el cuello atravesado de una herida, única lesión que habia recibido.

»Durante todo el año de 1821, sirvió bajo las órdenes de un oficial que era digno de mandar a tan valeroso soldado, el capitán don Manuel Búlnes. A su lado, recibió dos heridas de lanza en las vegas de Mulchen, habiéndose internado hasta las márgenes del Cautin, en el corazon de la Araucanía. Desde aquí se adelantó hasta Valdivia con 100 cazadores i 300 indios aliados,

permaneciendo un año entero vagando en las fragosidades de aquellas comarcas, que resonaban con el terror de su nombre. Durante toda esta terrible campaña, estuvo interceptado por el enemigo; i cuando se presentó de nuevo sobre el Biobío, con su tropa destrozada por la intemperie i los combates, habriasele creído el jefe de una infernal cohorte de macilentos espectros.

» Antes de cerrarse la era de los combates de la independencia, Ruiz volvió a recibir el fuego de los enemigos de su patria. Una de las últimas balas que se dispararon en las fronteras por los fusiles realistas, le hirió en un brazo, durante un encuentro que sostuvo en Arauco al lado del valeroso coronel Picarte. » Tenia fama de valiente, dice uno de sus émulos de aquella « época i con mucha justicia, por su arrojo en los combates ». Lleno de cicatrices i con la nombradía de un bravo sin segundo, residia Eusebio Ruiz en Concepcion cuando estalló la revolucion de 1829. En el acto, toma partido en el bando que acaudillaba su antiguo coronel don Ramon Freire, i sin mas prestigio que el de su nombre, pónese a la cabeza de una compañía de cazadores a caballo que logró seducir en el pueblo de Yumbel; entra con ellos en Concepcion, pone en arresto al coronel Cruz, que mandaba aquella plaza i a quien sorprende en su cuartel, i despues de reunir considerables fuerzas de milicias i algunos indios, marcha en auxilio del coronel Viel, que sitiaba a Chillan con las tropas constitucionales. Hásenos referido que en una de las salidas que hizo la caballería veterana de la plaza sitiada, compuesta de 150 húsares, Ruiz, montado en un soberbio caballo mulato que habia pertenecido al coronel Quintana (llamado el *Moro*), la cargó con sus cazadores i en el *entrevero*, trajo al suelo con su propio sable once de sus contrarios.

» El desastre de Lircai envolvió a Ruiz, como a tantos otros leales soldados de Chile, i habiendo emigrado al Perú, arrastró durante muchos años una existencia errante i azarosa. Encontrándose por acaso en Santiago diez años mas tarde, se le designó oficialmente como una de las víctimas de aquella inicua trama de rufianes, que se ha llamado *golpe de Estado*, i que es conocido con el nombre histórico de la *farsa de Bazan i Bisama*. Ruiz fué procesado con el senador Benavente, el coman-

dante de la guardia cívica Aldunate i otros ciudadanos acusados de haber atentado contra los dias del jeneral Búlnes, a quien se queria hacer mártir, para convertirle despues mediante la virtud del *estado de sitio*, en presidente de la República. Absuelto en esta causa, forjada por los palaciegos del candidato oficial, volvió a su vida peregrina, sobrellevando con ánimo entero los contratiempos de su mala estrella política, cuya tenue luz siguió, empero, leal e impertérrito hasta el heroico i lastimero lance que puso fin a sus dias. Sabemos solo de los diez últimos años de la existencia de Ruiz, que fué subdelegado de Chañarillo en Copiapó i que habiendo acumulado con su industria i ahorros una pequeña fortuna, se habia retirado a vivir tranquilamente a su pueblo natal de Nacimiento.

»Encontróse ahí la noticia del levantamiento de Concepcion, que, por cierto, no era un misterio para él. En el acto, montó a caballo, i dirijióse a Los Anjeles para ponerse de acuerdo con Urizar, a fin de sujetar el escuadron de cazadores que estaba en aquella plaza a las órdenes de Venegas. Mas, por desgracia, a su llegada, aquéllos iban ya en marcha hácia Chillan, despues de haber burlado los esfuerzos de Urizar para detenerlos. Ruiz, sin embargo, no vaciló en seguirlos i despues de haberse puesto de acuerdo con Pradel (que como vimos llegó a Los Anjeles el mismo dia de la partida de los Cazadores), galopó 14 leguas hasta darles alcance cerca de Cholvan donde se puso al habla con Venegas. Contestó éste a sus ardientes interpelaciones con palabras evasivas solamente; i aunque algunos soldados quisieron regresar con él, no lo consintió, a ménos que no volviese todo el escuadron. Cuando regresó a Los Anjeles, i dió aviso a Pradel del mal éxito de su empeño, el jeneroso soldado se contentó con decir: —*No importa! tengo catorce mil pesos que consagrar a la patria i no nos harán tanta falta los cazadores.*

»Marchóse, en consecuencia, a los pueblos avanzados de la frontera, como Nacimiento, Santa Juana i Arauco, reunió las milicias, elijió los soldados mas a propósito para la guerra i dióse tanta prisa en sus aprestos que, a fines de setiembre, tenia ya reunido un lucido rejimiento de 300 lanceros, todos voluntarios. Enviáronse a este cuerpo todas las corazas que existian en Con-

cepcion, por lo que se le dió el nombre de *Dragones de la frontera*. El 19 de septiembre se habia espedido por el intendente Vicuña el decreto de organizacion de aquellas fuerzas, nombrando coronel del rejimiento a Ruiz, comandante al oficial veterano don Pedro Alarcon, i sarjento mayor al capitan Zapata, antiguo soldado de los Pincheiras.

»Era Eusebio Ruiz en 1851 un atlético anciano de rostro tostado, frente descubierta, pelo completamente cano, nariz grande i aguileña, alto, fornido, con músculos de fierro, i un semblante entre terrible i severo. Temíanle mas que le amaban sus subalternos. Era incansable en los ejercicios de su profesion, pues no gustaba tener ociosos a los soldados. Dábales el ejemplo de la sobriedad en los campamentos i era de aquellos raros jefes que cuando dan en los campos de batalla la voz de acuchillar al enemigo, no dicen a sus filas *os sigo!* sino *seguidme!* Pasaba entre sus superiores por insubordinado, porque no reconocia fila ni oía en los combates otro toque de los clarines que el que sonaba al degüello o a la victoria. Podia acaso tildársele de cruel, porque sableaba sin piedad i con su propia mano; pero si su reputacion de hombre se menoscaba con este juicio, su nombradia de soldado queda ilesa i mas imponente todavia» (1).

Al principiar el mes de octubre se sintió el jeneral Cruz un tanto restablecido de su enfermedad i pensó en dirigirse sin dilacion a Los Anjeles; lo que se ha calificado como un error de fatales consecuencias para el triunfo de la revolucion, pues el camino del éxito estaba hácia el norte i no hácia el sur. Querria atender personalmente los negocios de la Araucanía, siendo que bastaba la intervencion de un delegado de su confianza. Cruz conocia desde jóven al terrible araucano i queria tenerlo como aliado o por lo ménos dejarlo como neutral a su espalda.

El 5 llegó a Los Anjeles, en momentos en que las tribus araucanas comenzaban a convulsionarse, creando a los cuadros revolucionarios un grave peligro por la retaguardia. Efectivamente, cuando Eusebio Ruiz se adhirió a la revuelta en Nacimiento, arrestó en el acto al comisario jeneral de indíjenas, sar-

(1) VICUÑA MACKENNA, *Administracion Montt*, tomo IV.

jento mayor don José Antonio Zúñiga. Comunicó este hecho a Concepcion i pidió instrucciones para proceder. Los trajines i las mil ocupaciones de esos dias contribuyeron a que se olvidara este asunto i volviera el correo a Nacimiento sin una respuesta sobre el particular; por lo que Ruiz puso en libertad a Zúñiga, solo con el compromiso de honor contraido por éste de presentarse a las autoridades de Los Angeles. Para vijilarlo en su viaje, lo hizo acompañar del capitan don Pablo Zapata, viejo camarada de Zúñiga en las huestes de los Pincheiras. Pero el comisario de indios, que no entendia las cosas de honor, ni se sujetaba a ellas, i que profesaba a Búlnes una grande admiracion, se le fugó por el camino a su cuidador, se internó en la Araucanía i fué a mover las tribus de la costa.

Su plan consistia en apoderarse de la plaza de Arauco i amargar en seguida la línea del Biobío. A fin de ponerlo en práctica, mandó un emisario secreto al jeneral en jefe en demanda de los recursos necesarios. «No entraba en los planes del jeneral ni del Gobierno de la República, emplear el elemento terrible de los indios en la pacificacion del país; pero sí convenia sustraer esta arma fatal de las manos de sus enemigos, i evitar así que una lucha fratricida, i como tal demasiado dolorosa, asumiese aun mas sangrientos i sombríos colores» (1). En consecuencia, se admitieron los servicios de Zúñiga i se despachó una goleta desde Constitucion a Lebu, con un auxilio de armas, municiones, un oficial i unos pocos soldados.

Era el mayor don José Antonio Zúñiga por este tiempo uno de los individuos que mas preponderancia ejercian en la voluntad de las tribus de Araucanía, tanto por la calidad de su oficio, como por el largo tiempo que estaba en contacto con ellas. Habia nacido ademas en estas mismas tierras, en Arauco, de familia española. Perteneciente primero a los escuadronés de Benavides i Pico, siguió despues en las hordas de los Pincheiras hasta que, como «indultado», entró al servicio de la república.

Hablaba la lengua araucana con extraordinaria facilidad, i nadie vertia como él a un castellano claro i flexible una peti-

(1) Memoria del ministerio de la guerra, 1852.

cion, una arenga o un discurso espresados por algun cacique en presencia de la autoridad. No le desagradaban las costumbres indijenas i tal vez constituian un medio propio a su condicion de intérprete connaturalizado a la vida del bárbaro.

Dos cualidades mas imponian su nombre a los indios, acaso por razon de afinidad: su valor a toda prueba i su maña fecunda en arbitrios para encaminar las cosas al logro de sus propósitos.

Con todo, las reducciones del centro i del este mas le temian que le amaban; el núcleo de sus influencias se hallaba en la costa.

Entre los indios del este o arribanos, seguia imperando sin contrapeso la autoridad del cacique realista Mangil, que odiaba a las autoridades de la república desde la guerra a muerte de Benavides, i a las cuales evitaba acercarse en la persuasion de que lo harian responsable del incendio i matanza de Los Anjeles. Aun tenia sus posesiones en la orilla derecha del rio Traiguen, en el cordon de Adencul i como a tres kilómetros al poniente de la actual poblacion de Victoria (1).

En 1850 habia muerto súbitamente el cacique Colipi, rival implacable i temido de Mangil, no tanto por su propio poder como por el que le prestaban los comandantes de los fuertes fronterizos (2). Desde entónces los mocetones del *gúlmen* de Adencul podian pasearse por toda la Araucanía sin obstáculo alguno. Los caciques de Quino, Perquenco, Quillen, Cautin i Maquehua, es decir, los que estendian sus dominios desde el rio Traiguen al Quepe, le obedecian como a único señor.

No ménos acatadas eran sus lanzas en los valles andinos i aun en la poblacion araucana del otro lado de la cordillera. Mantenia relaciones con los *ranqueles* i *chadiches*, i por intermedio de sus tenientes tomaba participacion en las escursiones vandálicas que estas tribus ejecutaban sobre las comarcas agrí-

(1) Planos de la comision topográfica de la inspeccion de tierras.

(2) Corrióse entre los indios en ese tiempo que un ajente secreto de Mangil habia envenenado a Colipi; mas los informes que nos han suministrado algunos indijenas de su comarca i don Daniel Sepúlveda, nos permiten afirmar que murió de tífus, en un viaje de los Sauces a Puren.

colas i posesiones militares de la provincia de Buenos Aires. Antes habia llevado personalmente el empuje de sus guerreros a esa rejion i en 1833 estuvo en las derrotas que el jeneral arjentino Ruiz Huidobro causó a los ranqueles. Por estos años cultivaba la amistad del famoso cacique Calvucura, natural de los llanos de Valdivia i primer tronco del cacicazgo de los salineros, que se estendia desde Salinas Grandes ($5^{\circ} 10'$ de longitud oeste de Buenos Aires i $37^{\circ} 20'$ de latitud sur) i la faldas de los Andes (1). Los hijos i representantes de Mangil recibian de aquel cacique parte de las raciones con que los agraciaba el gobierno arjentino.

Se hacia pasar como hermano natural del jeneral Cruz; lo que, junto con la creencia dominante entre su jente de que era brujo, aumentaba su poder.

Obra fácil fué, pues, poner del lado de Cruz al caudillo principal de la Araucanía. El lenguaraz don Pantaleon Sanchez le envió desde San Carlos de Puren un herraje de plata, algunos pesos en monedas i la invitacion de tomar las armas. Ya el 5 de octubre habia celebrado Eusebio Ruiz en Los Angeles un parlamento con los caciques Pichun, del sur de Nacimiento; Pinolevi, hermano de Colipi, i Montri, de Perquenco, el cual desde esta fecha ya despuntaba con brillo en el arte de guerrear con «los españoles».

No tanto la simpatía por Cruz obraba en el ánimo de los caciques para prestarle su concurso armado, cuanto la ojeriza que tenian a Zúñiga a causa de las exacciones de que a menudo los habia hecho víctimas. Iba, pues, a ser destruido a consecuencia de un plan semejante al que pensaba poner en ejecucion: escurrirse por la espalda del enemigo.

Mucho tiempo perdió el jeneral en jefe del sur en tales arreglos con los indios; pero bastante adelantó tambien en la organizacion de las fuerzas que debian formar su ejército. Por decreto del 10 de octubre formó el rejimiento Carampangue con la tropa veterana de este nombre i las milicias de Yumbel, i un batallon de línea que recibió la denominacion de Alcázar, en honor del

(1) ESTANISLAO S. ZEBALLOS, *Viaje al país de los araucanos*.

mariscal de este apellido. Con las numerosas milicias de caballería se había formado el regimiento «dragones de la frontera», que mandaba Ruiz.

El 13 i el 14 de octubre emprendieron estos cuerpos la marcha en direccion a la hacienda de Peñuelas. Por el camino de Yumbel se movieron igualmente los de Concepcion hácia la ribera del Itata, en medio del entusiasmo sin límites del vecindario. Vicuña asumió el cargo de secretario jeneral i en su lugar quedó como intendente de la provincia don José Antonio Alemparte. El 22 llegó el jeneral Cruz a la hacienda de su propiedad. Acompañábanlo varios escuadrones de milicias de la frontera i 187 indijenas de las reducciones de Mangil i los Colipi, que venian no tanto como unidad auxiliar de guerra sino como prenda de fidelidad i adhesión de los caciques principales de la Araucanía. El 23 se incorporó, por último, al ejército el coronel Urrutia.

Hasta esta fecha habian acaecido estos sucesos adversos a la causa de «los libres», como se titulaban los promotores de la rebelion: La captura en Talcahuano del buque revolucionario *Arauco*, el 15 de octubre, por el vapor británico *Gorgon*.

La rendición del batallon Chacabuco.

La derrota de don José Miguel Carrera en Petorca, que supo Cruz en Peñuelas i lo decidió a moverse a Chillan el 24 de octubre.

El 26 se hallaban reconcentradas en esta poblacion todas las fuerzas de su ejército. Ascendian a mas de 3,000 hombres, distribuidos en cuatro batallones de infantería, otros tantos regimientos de caballería, tres baterías, con cinco piezas de batalla i dos culebrinas, i una compañía de rifleros norte-americanos, enganchados en Talcahuano. Jefe de estado mayor era el jeneral Baquedano, i de cuerpos, los siguientes: el comandante don Bernardo Zúñiga i el mayor Gaspar, de la artillería; Zañartu i Urizar, del Carampangue; Saavedra i Videla, del Guías; don Francisco Molina i el mayor don Joaquin Fuente Alba, del batallon Alcazar; Eusebio Ruiz, de dragones de la frontera; don Alejo Zañartu, de dos escuadrones de voluntarios veteranos de ejército; uno de ellos armado de sable i carabina, estaba a las órdenes inmedia-

tas de Lara, i el otro, compuesto de lanceros, a las de Pablo Zapata, antiguo i renombrado teniente de Pincheira (1). Otro rejimiento de caballería mandaba el coronel don Salvador Puga, que tenia como capitanes a Roberto Souper, Martiniano Urriola i Víctor Antonio Arce. En Chillan se organizó un rejimiento a que se dió el nombre de cazadores de Lautaro i que se entregó al mando de los oficiales Enrique Padilla, Nicanor Las Heras i Antonio Grandon.

El jeneral Cruz resolvió salir sin demora al encuentro del enemigo. Detúvolo, sin embargo, un temporal de verano que duró desde el 3 hasta el 12 de noviembre. Durante estos dias de forzada i desesperante inaccion, se supieron en el canton de Chillan dos noticias de marcada importancia. Era una el levantamiento popular de Valparaiso, el 28 de octubre, i su inmediato fracaso, i otra, la destruccion de la partida del mayor don José Antonio Zúñiga en las cercanías de Tucapel.

En la noche del 4 de octubre se supo en Concepcion, por un propio del gobernador de Arauco, que Zúñiga habia llegado el 2 a Quelenquelen, lugar situado al norte de Cañete i próximo a la ribera izquierda del rio Lebu. Desde que pisó la zona de la costa, sus esfuerzos se encaminaron a ganarse la voluntad de los caciques Lampi i Hueraman, de Ranquihue, en el actual departamento de Cañete, los cuales se manifestaban dudosos para aceptar las invitaciones del comisario.

Las autoridades de Concepcion remitieron al fuerte de Arauco armas i municiones para prevenir algun asalto. Al mismo tiempo enviaron al lado de Zúñiga a uno de sus hijos, llamado Juan, para que lo disuadiera de la inconveniencia de su intento, comision a que daria mayor eficacia una carta de una hija del primero, monja profesa del monasterio de trinitarias.

Cuando el jeneral Cruz supo el 7 que Zúñiga se habia adelantado hasta Cupaño, dispuso que la compañía cívica de Santa Juana partiera a reforzar la guarnicion de Arauco, a la que se proveyó tambien de algunas municiones. Escribió ademas una

(1) Zapata fué el tronco de una respetable familia del sur; era abuelo del diputado don Carlos Palacio Zapata.

carta al comisario de indíjenas, en que le ofrecia todo jénero de garantías en cambio de su neutralidad. Esta comunicacion iba junta con otra de Zapata, su antiguo i hoi resentido camarada; pero Zúñiga las recibió con indiferencia i hasta profirió algunas amenazas, que su hijo entendió dirigidas a Eusebio Ruiz.

El jóven Zúñiga envió una respuesta a Cruz sobre la conviccion que abrigaba de que su padre no causaria daños a los pueblos de la frontera. A pesar de estas seguridades, el jeneral ordenó que no se debilitase el destacamento de Arauco con el ingreso a su ejército i dió al gobernador de esa plaza las instrucciones contenidas en el oficio que sigue: «Es conveniente que esa plaza quede guarnecida, pues miéntras exista en el interior de los indios el comisario Zúñiga, debe mirarse su permanencia entre ellos como hostil, no obstante su esposicion de que permanece tranquilo.»

«Debe Ud., añadía el jeneral Cruz en esta comunicacion (empeñándose por todos caminos en cruzar los planes de aquel caudillejo que le traian tan funestamente preocupado desde su partida a Concepcion), tomar todo el interés i empeño posible en hacer conocer al cacique Lampi i Gueraman, de Ranquihue, como al gobernador de Tucapel i demas caciques de ésa, que la introduccion i permanencia de Zúñiga entre ellos, puede serles perjudicial; que no deben, de ningun modo, dar crédito a las palabras i cuentos que se les dé, porque todas han de ser mentiras i llevadas con el fin de sacar partido de ellos por ocultar sus faltas i poder conseguir así el volver a quedar de comisario, i que a nadie le conviene mas que no vuelva a esos puntos que a ellos mismos, pues han experimentado el mal trato que les ha dado, i al mismo tiempo, ellos saben que toda la tierra se halla regada de sangre por sus consejos, i mui principalmente, la costa, en que hizo que murieran la mayor parte de los caciques» (1).

Estas órdenes quedaron sin efecto, porque el gobernador Luengo, ahijado de Riquelme, se inclinaba a servir a los ajentes del gobierno.

(1) VICUÑA MACKENNA, *Administracion Montt*, tomo IV.

Léjos de neutralizarse, Zúñiga estaba resuelto a proseguir su plan, mucho mas cuando tuvo en sus manos la respuesta de amplia aprobacion que dió a su proyecto el jeneral Búlnes, valiéndose de la firma del coronel Riquelme, i las instrucciones que le impartia acerca de la manera de hostilizar al enemigo i de la necesidad de ganarse a Mangil, Pantaleon Sánchez i al gobernador Luengo, de Arauco.

No olvidó tampoco Búlnes, siempre por intermedio de Riquelme, de incitar contra el ejército del sur a los caciques de la alta i baja frontera i a los pehuenches de Lonquimai, Queuco i Trapa.

Con alguna cantidad de dinero que probablemente recibió del norte, el agitador de los indios de las tribus pudo reunir algunos centenares de guerreros de las tribus de Tucapel, Imperial i Puancho (1). Considerándose bastante fuerte con sus lanzas araucanas i con los auxilios que esperaba del intendente de Valdivia don Juan Miguel Riesco, marchó a fines de octubre para la plaza de Arauco, a cuyas autoridades intimó rendicion por conducto del vecino don Javier Arriagada.

Cuando se supo en Concepcion el peligro que amenazaba a los pueblos de la línea, Alemparte se ajitó con una actividad desesperada. Ordenó que saliera apresuradamente el oficial retirado don Agustin Gallegos a tomar el mando de la plaza amagada i puso fuera de la lei al comisario gobiernista. Al medio-día del 28 de octubre llegaba a su destino el nuevo gobernador. En Arauco dominaba el terror: todos sus habitantes habian huido a los montes vecinos, por mas que Luengo quiso impedir este desbande. Gallegos, aunque anciano, desplegó una grande enerjía; hizo disparar el cañon del fuerte, tocar las campanas de la parroquia, reunir las armas i recojer caballos; a las cinco de la tarde tenia bajo su direccion mas de 300 jinetes i 80 infantes bien armados.

El 2 de noviembre salió el mismo Alemparte a reforzar la

(1) «Puancho» pronuncian los indios de este mismo lugar, como queda dicho mas atras.

plaza de Arauco a la cabeza de un destacamento de infantería de Talcahuano.

Reunido a Gallegos, el 5 partió resueltamente una columna no despreciable por su número en busca de Zúñiga, que tenía su campamento en Cupaño, en expectativa del auxilio que debía llegarle por la boca del Lebu. Al saber el avance de la fuerza crucista, retrocede a Llinquihue, paraje situado a poca distancia al noreste de la población de Cañete i entre los ríos Tucapel i Puangue.

Alemparte ocupó las posiciones de Cupaño el 6 de noviembre, resuelto a llevar al día siguiente sus soldados contra los indios de Zúñiga. Pero un sangriento episodio se desarrolló ántes de este ataque.

Los gobernadores de Santa Juana, de Los Anjeles i Nacimiento habían conseguido avivar el odio de los indios del llano i faldas orientales de Nahuelvuta contra el comisario jeneral. Se comprometieron a darle una sorpresa por la espalda uno de los Colipi, Catrileo, respetado cacique de Llovcoyan (mancha de robles), entre Ipinco i Lumaco; Melin, del lugar llamado ahora Trintre, discípulo de los padres de Nacimiento i de notoria celebridad con el tiempo; Coliman, de Ipinco; Calvun, de Huequen i yerno de Mariluan, i muchos otros de menor importancia (1).

Uniéronse a los anteriores algunos jinetes de las milicias de Santa Juana, Los Anjeles i Nacimiento, en que iban como oficiales Chávez, antiguo guerrillero de Pincheira, Tiburcio Villagra i Rosauro Diaz. Parte activa en la preparacion de esta columna tomó don Ventura Ruiz.

Indios i milicianos, en número que pasaba de 300, trasmontaron precavidamente la sierra de Nahuelvuta, i en la noche del 6 estuvieron cerca de la habitación del cacique Paineman, de Llinquihue, de quien era huésped i aliado Zúñiga. Sin sospechar el peligro que de tan cerca lo amenazaba, habíase dormido el

(1) Este Catrileo que encabezaba la partida de asalsantes no era el que figuró en la independendencia. Hubo en Puren i hai todavía en las agrupaciones de indios varios que tienen este nombre.

último en una confianza incomprensible, en compañía de tres hijos i un hermano.

Apénas clareaba el alba, cuando los asaltantes se precipitan sobre la choza en que se albergaba el mayor Zúñiga, quien, al sentir el tropel, sale hácia afuera i huye a un bosque contiguo, seguido de cerca por un indio i un miliciano de Nacimiento. En un instante dado tiende muerto de un pistoletazo al primero i al venírsele al cuerpo el segundo, rueda con él por el suelo i recibe algunas puñaladas que le da su contrario. En estos instantes llegan algunos indios, lo acribillan a lanzazos i le cortan la cabeza. Su hijo, que oye las voces de socorro de su padre, corre en su auxilio i muere a su lado peleando con una lanza. Sus hermanos i su tío habian perecido poco ántes.

Fin tan dramático, hace recordar por la semejanza de los detalles el del coronel realista don José Manuel Pico (1).

Con una crueldad que no se esplica sino por la exacerbacion que las revoluciones producen no solo en los hombres impresionables sino hasta en los mas tranquilos, Alemparte mandó colocar la cabeza del infortunado Zúñiga en la plaza de Arauco, de donde la sacó clandestinamente una mano amiga ó caritativa (2).

Los auxilios que se enviaban por mar al jefe gobiernista, cayeron, por lo tanto, en poder de la division de Arauco. El oficial Búlnes que los traia, quedó prisionero i la tropa se incorporó a las filas de los crucistas.

Alemparte, en vez de volver en el acto al norte, permaneció varios días en Arauco i Concepcion. Cuando ya iba siendo tarde, el 18 de noviembre, partió con una division de 300 hombres i algunos indios de la costa al campamento del jeneral Cruz. Quedó al frente del gobierno local don Nicolas Tirapeguí.

Entretanto Búlnes se movia en direccion a Chillan, desde el 2 de noviembre. El 9 llegó a San Carlos. Detenido en su mar-

(1) Los pormenores de la muerte de Zúñiga los supimos por uno de los milicianos, que asistió a la sorpresa i que conocimos, mui anciano, en Angol, el año 1895.

(2) Datos del mismo.

cha por el temporal que encerró en sus cuarteles al ejército opositor, solo el 13 pudo seguir su avance al vado de Cocharcas. Cuando Cruz tuvo noticia de este movimiento, mandó salir sus divisiones al paso que pensaba atravesaría el jeneral del gobierno; mas, divisando únicamente a la caballería por ese lado, supuso que éste trataba de vadear el río por otro punto. Efectivamente, Búlnes se corrió hácia la montaña i el 14 estuvo en el paso de Nahueltoro, como a 20 kilómetros al noreste de Chillan. El 15 acabaron de cruzar el río todas las fuerzas de su mando i el 16 principiaron a descender a Chillan. El mismo día 16 tomó Cruz sus posiciones definitivas en el fundo de los padres franciscanos llamado los Guindos, 9 kilómetros al noreste de Chillan, en la márjen del río Cato i cerca de donde esta corriente desagua en el Ñuble. Nada mas que tres leguas separaban a los dos rivales.

En la mañana del 19 Búlnes se adelantó por el camino de la montaña a la ciudad. Videla, de avanzada desde la noche, trajo esta noticia al campamento. Cruz saca de las casas de la hacienda sus cuerpos de jinetes e infantería i los estiende en línea de batalla, a las 7 de la mañana, como a seis cuadras del camino que su émulo se proponía cruzar audazmente.

Pronto las descubiertas de caballería se chocaron i los cañones rompen los fuegos. Miéntas tanto las tropas del gobierno marchan a banderas desplegadas i tambor batiente, como si no tuvieran delante a un enemigo fuerte en número i cuyo furor bélico debían suponer. Rápidamente Cruz perora a sus soldados i los lleva a interponerse entre Chillan i el ejército del norte. Cuando hubo realizado esta maniobra, formó de nuevo su línea de batalla, en un paraje que tenía el nombre de «monte de Urra». Ocupaba el centro el batallon Guías, la derecha el 2.º Carampangue i la izquierda el Alcázar; el resto del primero formaba la reserva. Los claros de estos cuerpos los llenaba la artillería, a la que estaban agregados ademas los 28 voluntarios de Estados Unidos. La caballería se situó en las dos alas i en protección de la reserva. Los batallones del gobierno se despliegan asimismo en filas de combate.

Como a la 1 de la tarde los dos ejércitos descansan frente a frente. A las 2 la artillería inició la pelea. Las guerrillas de los

del norte se adelantan haciendo fuego, mandados por Silva Chávez, que gozaba de fama de estratéjico de primera clase. Le salen al encuentro las del Carampangue i Guías, a los órdenes del valiente capitan Joaquin Rojas. A pesar del fogueo activo de los cañones i guerrilleros, no habia bajas; solo un soldado de los del sur habia muerto.

Viendo el coronel Puga que la caballería revolucionaria del ala derecha se hallaba espuesta, dispuso que se resguardara en un bajo. Búlnes creyó que se iba a emprender un ataque por su flanco izquierdo, ménos reforzado que el opuesto. Mandó entonces que la caballería de la derecha corriera a proteger el lado que suponía amagado. El coronel don Ignacio García, que era su comandante, ejecutó este movimiento por delante de la línea i atropelló por consiguiente a los tiradores de Silva Chávez.

No le bastó a García tal precipitacion, sino que formó sus cinco escuadrones veteranos, granaderos, cazadores i lanceros de Colchagua, i lanzó a la carga a los dos primeros, al parecer sin órden superior, miéntras que el tercero, con Yáñez a la cabeza, tomaba los aires de táctica. Fué esta maniobra el principio de un tremendo encuentro de las cabellerías, en lo que consistió en buenos términos el combate de monte de Urra.

El choque se produce; la caballería revolucionaria queda deshecha i huye perseguida hasta mas allá de la línea de batalla. Eusebio Ruiz, que permanecía oculto detras de un molino, los carga de flanco, seguro del triunfo i con la resolucion del guerrero familiarizado con las batallas i los peligros. Pónelos a su turno en fuga hácia el Cato, acuchillados por los jinetes del sur, que con esta arremetida feliz se han repuesto. Los indios de las tribus de Colipi, que desde el principio de la lucha se habian manifestado resueltos, desnudos desde las cintura para arriba, fueron los mas encarnizados en la persecucion. Los de Mangil, supersticiosamente aterrados con el estallido de las granadas, habian permanecido inactivos. Los cazadores se reorganizan i atacan otra vez; los bravos de Ruiz los resisten con ventajas.

Yáñez se precipita igualmente con sus escuadrones; pero cae sobre él Lara i una compañía del Carampangue le hace una des-

carga. Al notar Búlnes el peligro de un fracaso que amenaza a su caballería, ya casi rendida al enemigo, manda cargar al tercer escuadron de cazadores. Tan oportuna medida ha sido salvadora: los jinetes gobiernistas toman al galope la direccion de su línea, los cañones cesan de disparar i la infantería maniobra para tomar nuevas posiciones. Eran las tres i media.

A las 6 de la tarde los dos ejércitos acampaban a la vista uno de otro. En la mañana siguiente Búlnes se movió para Chillan, sin ser hostilizado por Cruz, que ocupó en seguida su cuartel de los Guindos (1).

Las tropas del gobierno tuvieron 84 bajas entre muertos i heridos i poco ménos las de la oposicion.

La crítica militar ha censurado posteriormente a Búlnes el abandono del camino de la capital i mas aun a Cruz por no haberlo seguido sin demora, como se lo insinuaron sus cooperadores. Vaciló la sensibilidad de este jeneral por no dejar sin proteccion a sus amigos del sur i por no prolongar la guerra civil, segun se imaginaba que sucederia si su émulo se apoderaba de Concepcion i la Araucanía.

Otra causa fuera de la anterior lo retenia en la provincia de Ñuble, la necesidad de unirse a Alemparte. Este revolucionario marchaba con su division como de 700 hombres, entre los cuales venian 150 indios costinos. Fué a llevarle a la Florida la noticia de lo que sucedia i de la impaciencia de Cruz por su demora, don Bernardino Pradel. En la tarde del 20 pasaron el Itata; la caballería se adelantó hasta la aldea llamada Búlnes i Alemparte quedó cerca de aquel rio con la infantería.

Al mismo tiempo caminaba por la via de la cordillera el heroico i anciano coronel Barnachea con las indiadas que inmolaron a Zúñiga i un grupo de milicianos, al frente de todos los cuales se había puesto en Los Anjeles por disposicion del intendente Tirapegui.

Alemparte no se atrevió a incorporarse desde aquí al ejército

(1) Relacion de las operaciones del ejército del sur, inserta en los *Documentos parlamentarios* de 1852.—VICUÑA MACKENNA, *Administracion Montt*, tomo IV.

de los suyos, temeroso de verse atacado; tuvo vacilaciones, acaloradas disputas con Pradel, que lo instaba a seguir adelante, i por último repasó el Itata. Molesto Cruz con tal conducta, vióse precisado a mover sus divisiones al sur, pasó el 21 el rio Chillan i esperó a Alemparte. El 23 se presentó éste al campamento, en medio de la alegría de sus compañeros que lo esperaban. El 25 el jeneral emprendió la marcha de regreso a los Guindos, adonde llegó en la tarde del mismo día.

Su situación se presentaba ahora mejor que la de Búlnes. Su ejército se componía de 4,052 plazas i contaría pronto con otro refuerzo. La revolucion amenazaba además estenderse a las provincias centrales. Al contrario, las fuerzas del gobierno habían disminuido a ménos de 3,000 hombres, faltos en absoluto de municiones.

A pedir el remedio inmediato de esta falta de elementos i la organizacion de otras divisiones, salió en mision secreta a Santiago don Antonio García Reyes.

La perspicacia del jeneral Búlnes le puso a la vista los peligros de su permanencia en Chillan, las disensiones que se producian entre algunos jefes i oficiales i la frialdad de otros. Se decidió, en esta virtud, a marchar al norte.

El 29 de noviembre por la mañana salió el jeneral del gobierno con su ejército i en la tarde estuvo en el paso del Ala, del rio Ñuble. Aquí se presentó una avanzada de las fuerzas revolucionarias, que tuvieron una escaramuza con otra de aquél, formado en batalla a la orilla del rio. Al llegar la noche, Búlnes maniobró con valor i habilidad hácia el vado conocido con el nombre de Guapi, como diez kilómetros al oeste de Chillan.

El paso del rio comenzó con una precipitacion que luego dejeneró en un desorden total. La infantería se revolvió, los jinetes se fatigaban atravesando tantas veces las aguas i la artillería se atascaba en la corriente. Un ataque insignificante del enemigo habria traído una derrota rápida i segura.

¿Qué sucedia entretanto en el campamento del ejército del sur? A las 9 de la noche se supo que las tropas del gobierno cruzaban el rio en confusion. Baquedano exclamó: «Este es un precioso momento para concluirlos». Fué a donde el jeneral en

jefe i le pidió dos escuadrones de caballería con infantes a la grupa a fin de dar un fácil golpe de manos. Reflexionó Cruz algunos segundos i respondió: «Nó, jeneral; Napoleon decia: al enemigo que huye, puente de plata.»

En la mañana siguiente, 30 de noviembre, el ejército de Búlnes rompía la marcha al norte. El de Cruz principió a pasar el Ñuble por el paso de Dadinco solamente a las 3 de la tarde. Esta operacion duró hasta las 12 del 1.º de diciembre.

Tan imprevisor habia andado el jefe de la revolucion, que su prestigio descendió bruscamente en el concepto de la tropa i de los oficiales; llovieron los comentarios i las sátiras sobre sus intenciones i su capacidad de jeneral.

La malicia de Búlnes, que constituía la característica de su personalidad militar, llegó hasta malear la fidelidad de los indios por conducto de los intérpretes: una buena porcion de ellos volvieron a sus tierras, habiendo saqueado ántes una hacienda de las riberas del Ñuble. Los demas siguieron adelante bajo el mando del lenguaraz Pedro Cid. Como los bárbaros, muchos milicianos desertaron de las filas revolucionarias.

El ejército del gobierno avanzó al norte; en su seguimiento caminaba el de la revolucion. «El jeneral Búlnes iba adelante una jornada cabal, de manera que el ejército rebelde se acampaba casi siempre en los sitios en que los soldados de aquél habian encendido el fogon de sus vivaques matinales» (1).

En estas condiciones cruzó Búlnes el 4 de diciembre los rios Achihueno i Putagan i fué a establecer su campamento a Chocoa, sobre la ribera oriental del Loncomilla. El 5 acampaba Cruz en las casas de Reyes, a la inmediacion del sur de San Javier. Los dos quedaban así a corto espacio de distancia i prevenidos para abrir las hostilidades.

El 7 de diciembre, por la tarde, llamó inopinadamente el jeneral en jefe del ejército del gobierno, don Manuel Búlnes, a los comandantes de division i les dió orden para prepararse a un avance inmediato contra el enemigo. Estando todo listo a las tres de la mañana, rompióse la marcha en direccion a las casas

(1) VICUÑA MACKENNA, *Administracion Montt*, tomo IV, páj. 316.

de Reyes, donde el jefe de la revolución, jeneral don José María de la Cruz, había reconcentrado las fuerzas de su mando, despreocupado de la idea de ser acometido en su campamento. Al contrario, dominábalo la idea de que su hábil contendiente trataba de evadir la pelea en ese campo i pasar al otro lado del Maule.

Se adelantaba el ejército gobiernista por el camino real, con una pequeña partida de exploradores adelante. A la vanguardia iba el Buin en columnas por batallón; su coronel don Manuel García mandaba también toda la infantería. Por los flancos de la vía pública seguían los escuadrones cívicos i de línea. Formaban la descubierta 100 lanceros de Colchagua con otros tantos tiradores a la grupa. En este orden llegaron al amanecer del día 8 a las proximidades del campamento de los revolucionarios.

A esta misma hora llegaba corriendo, a caballo, el lenguaraz Pedro Cid i comunicaba el avance del enemigo. Tocan a las armas los tambores, i con estrépito i premura de bizoños, los cuerpos toman sus puestos. Los escuadrones se agruparon cerca de la orilla del río Loncomilla.

Al frente de las casas i a la derecha del camino se colocaron la mitad del 2.º Carampangue, la compañía de granaderos del mismo i la de cazadores del Guías; al lado opuesto se situaron cuatro compañías de este último. Los batallones Lautaro i Alcázar permanecieron ocultos detrás de los cierros de circunvalación del edificio. El resto del Carampangue i una compañía del Guías quedaban de reserva. La artillería abocó dos cañones al camino carretero i montó otros cinco en las alas de la línea, protegidos los de la izquierda por una columna de tiradores guerrilleros del capitán Rojas.

El jeneral Cruz seguía desde una altura inmediata con mirada escrutadora i sangre fría, fuera de lo natural, las maniobras del ejército que intentaba desalojarlo de sus posiciones, i penetrado del plan que traía, se retiró a dictar las órdenes postreras.

Comprendiendo Búlnes con su malicia habitual que su adversario i pariente no pensaba evacuar las casas, hizo alto i llamó a los jefes para consultarles sus propósitos de contramarchar. Ante la opinión de seguir avanzando, exclamó: «¡adelante!»

La mitad del veterano Buin, los batallones cívicos Chillan, Talca i Colchagua marcharon de frente sobre las casas i sobre el flanco izquierdo de los batallones crucistas. El primero de estos cuerpos iba en columna cerrada por el camino, verdadera enormidad táctica entre batalladores tan experimentados. Por el otro costado se adelantaron el 2.º Buin i el batallón de línea Chillan, mandados por el estratéjico Silva Chávez i apoyados por los lanceros de Colchagua i los 100 fusileros que montaban a la grupa.

Los cazadores i granaderos, escarmentados desde el monte de Urra, cerraron sus filas a la derecha de la línea gobiernista, cerca de dos cañones i teniendo por medio de la enemiga un profundo barranco. Las otras piezas de artillería tomaron colocacion en una loma de la izquierda, tras de la cual se resguardaban los batallones Santiago i Rancagua, refundido con el Curicó, que se habian incorporado de los últimos a las fuerzas pacificadoras.

Eran las 7 de la mañana. Las bandas de las dos facciones tocaban la cancion nacional i los soldados llenaban el aire con la grita medio bárbara que en el antiguo ejército chileno precedia a las batallas. La distancia se estrechaba.

En aquellos momentos supremos el mismo Cruz dió a las piezas de artillería del camino, que mandaba Zúñiga, la voz de «¡fuego!» Tronaron los cañones i la metralla cayó como puesta con la mano sobre el Buin; el mayor Peña i Lillo i muchos soldados quedaron muertos. La demas tropa saltó revuelta un foso lateral del camino. Los batallones que seguian hicieron lo mismo. En este momento el mayor del Guías, don Benjamin Videla, cargó a la bayoneta, pero tuvo que retroceder despues de haber sido herido i de perder no escaso número de sus combatientes. Por este lado se adelantó igualmente el comandante don Cornelio Saavedra con dos compañías de fusileros; sostuvo el fuego por largo rato i mandó al fin una carga, que fué rechazada.

Salió a sostener a los soldados en fuga el comandante Urizar con sus compañías del Carampangue. Cuando iba ganando terreno, un casco de metralla lo arrojó muerto al suelo.

La izquierda del ejército del sur peligraba: la columna lijera

del mayor Rojas se habia replegado a la derecha; dos de los cañones de ese costado cayeron en poder de los asaltantes. El jeneral Cruz que observaba impertérrito las peripecias de la lucha desde el tejado de las casas, manda al intendente Alemparte a restablecer la resistencia en ese punto con las compañías de cazadores del Carampangue i del Guías.

Para proteger ese mismo flanco, el jefe de la oposicion despachó otra vez a Alemparte con orden para que cargara la caballería de Baquedano, quien, por lo inadecuado el terreno, vaciló al principio en obedecer, pero luego ordenó avanzar al rejimiento de Ruiz i en pos a los demas por escalones. En el último escuadron se hallaban los indios bajo el mando de los intérpretes o lenguas Cid i Pantaleon Sánchez. Búlnes que no habia perdido de vista a la caballería fronteriza, radiante de júbilo, deja que atravesase el barranco, salga en grupos al otro lado i se forme para cargar. Ordena en seguida que dos cañones del mayor don Timoteo González rompan el fuego a metralla. El efecto es desastroso; jinetes i caballos ruedan por tierra; la primera víctima habia sido el hombre que rechazó siempre las retiradas, Eusebio Ruiz. Cuando la confusion se produce, Búlnes en persona se pone a la cabeza de granaderos i cazadores i cae contra los escuadrones del sur, los cuales, sableados i perseguidos, van a precipitarse al río Loncomilla, donde perecen en gran parte fusilados por los tiradores que acuden a la barranca. Buen número de oficiales e individuos de tropa fueron capturados; otros alcanzaron a huir. Entre éstos se contó el jeneral Baquedano, herido en una pierna. Los araucanos corrieron la suerte de sus compañeros de armas.

El vencedor de Yungai creyó que desde este instante la victoria le pertenecia.

Otras incidencias se verificaban por la izquierda del ejército asaltante, Silva Chávez embistió con su division resueltamente; con no ménos valor resistian los sitiados. Obligáronlo a describir un arco de círculo hasta llegar a los cerros de Chocoa, a retaguardia de las casas de Reyes. Algunos grupos desorganizados se corrieron hasta el camino, dirigidos por el mayor don

Basilio Urrutia. Desde aquí se aproximaron hasta el sitio donde se batian las caballerías i pudieron auxiliar a la suya.

Los revolucionarios estaban rodeados i por consiguiente vencidos; pero si Búlnes habia triunfado «como jeneral, el jeneral Cruz lo venceria a su vez como héroe». En efecto, los sitiadores estrechan el cerco i los bloqueados resisten con nunca vista obstinacion. Se traba una lucha sangrienta por grupos i de hombre a hombre alrededor de la casa. Cruz habia hecho salir los restos del batallon Lautaro i del Alcázar a las órdenes del coronel Martínez i el mayor Fuentealba. Búlnes desplegó sus reservas, el Santiago i el Rancagua. De este choque murieron Martínez i el comandante don Matías González, del último batallon nombrado. Con éstos eran ya varios los jefes i oficiales muertos.

Era la 1 de la tarde. La artillería de Búlnes rompió el fuego sobre el edificio, que principió a incendiarse; mas, sus defensores apagaron las llamas con el licor de las bodegas. En la imposibilidad de vencer, el jeneral de las fuerzas estenuadas del gobierno, ordena colocarse a los cuerpos de su mando fuera del radio de los fuegos enemigos. El capitán Gaspar, de la artillería de Cruz, apunta un cañon a los grupos enemigos i dispara con acierto. Fué la señal de la fuga. Ni Búlnes, ni los oficiales ni la caballería pudieron contener a la tropa. Los escuadrones mismos principiaron a desbandarse. Una columna de 200 hombres sale de las casas i emprende la persecucion. Si hubiera tenido caballería Cruz, que salió tambien sintiendo los trasportes de la victoria, el éxito de la jornada habria sido completísimo.

Búlnes dispuso que se verificara en Bobadilla, en la márjen izquierda del Maule, la concentracion de sus batallones deshechos; pero la tropa, bajo la impresion del pánico, llegó a la ribera del gran rio determinada a lanzarse al otro lado de la manera que le fuese posible. El jeneral en jefe con un esfuerzo admirable, detenia a los soldados a caballazos i corria de un punto a otro. Antes que se pusiera el sol, formaban al pié del cerro Bobadilla 923 infantes i la caballería veterana.

Cruz habia reunido por su parte, a las 4 de la tarde, como

700 infantes en las lomas situadas al norte de las casas. No se atrevió a tomar desde luego la ofensiva, sino que se propuso hacerlo al día siguiente. Ocupóse en la reorganizacion. Se replegó asimismo la columna perseguidora.

El silencio de una noche de luna no tardó en reinar en aquel campo de horrores, sin igual hasta entónces en los anales de nuestras crisis políticas.

Ambos ejércitos contaban juntos 6,993 hombres, i tuvieron de bajas, aproximadamente, 1,500 heridos i 2,000 muertos (1).

El 9, cuando ya contaba Cruz con 200 jinetes de refresco, se operó un cambio brusco en su situacion ventajosa; se decidió a celebrar un tratado. Lo arrastraban a este extremo doloroso la defeccion de algunos jefes, la connivencia de varios oficiales con el arbitrista jeneral Búlnes i la insubordinacion que comenzaba a minar la disciplina de la tropa i que llegó hasta el motin.

El jeneral Búlnes dió cuenta al gobierno en estos términos de las incidencias de este convenio: «En la mañana del 10 destaqué el 2.º batallon Buin i parte de la caballería sobre las casas de Reyes, con órden de estrechar el sitio e impedir toda comunicacion con ella i las partidas volantes enemigas que pudiese haber en las inmediaciones, i me preparaba para trasladarme allí con el resto de mi fuerza, cuando recibí una nota del jeneral Cruz, que me fué entregada por el gobernador del departamento de Rancagua, don José Hermójenes de los Alamos, que se hallaba prisionero desde que fué sorprendido en las inmediaciones de San Carlos. El objeto de la nota era venir hácia términos i condiciones de paz, i aun cuando no era su tenor esplicito, en cuanto a los términos de arreglo, la iniciacion de aquel propósito i la manera especial con que me era dirigida la comunicacion, me hicieron entender que habia llegado el momento de suspender la dolorosa efusion de sangre. Envié, pues, cerca del jeneral Cruz al auditor de guerra del ejército para que personal i confidencialmente procurase una esplicacion de la mente de aquel caudillo, i me diese cuenta de cuáles eran sus designios.

(1) Memoria del ministerio de la guerra, 1852.—VICUÑA MACKENNA, *Administracion Montt*, tomo IV.

Confiado en sus benévolas disposiciones, según me las había hecho comprender don José Alamos, i deseando dar testimonio de correspondencia por mi parte, mandé retirar la fuerza que había colocado cerca de las casas de Reyes. Mas el jeneral Cruz no mostró abundar en términos razonables i mi parlamentario se retiró sin otro encargo que el de proporcionarle los elementos que necesitaba para la curacion de los numerosos heridos que había en torno suyo. Incontinentemente movió su campo en dirección al Loncomilla, i merced a las lanchas que había hecho preparar con este fin, pasó a la banda opuesta, desde donde quedó hasta cierto punto fuera de mi alcance.

»Tan luego como llegó a mi noticia este acontecimiento, sin pérdida de momento me puse en marcha en persecucion del enemigo, i estaba ya al punto de atravesar el río, cuando se me presentó, como parlamentario, revestido de plenos poderes, don José Antonio Alemparte, anunciándome que venia resuelto a celebrar la paz, ajustándola en términos satisfactorios. Bajo la fe de sus promesas resolví suspender la marcha i abrí con él una conferencia en que sus primeras pretensiones fueron cediendo gradualmente hasta quedar reducidas a condiciones que eran ciertamente aceptables.

»Mas, pendientes aun estas conferencias, el jeneral Cruz, en cuyo campo había comenzado a introducirse una considerable desercion, me anunció que sus tropas, rehusando las capitulaciones, se habían puesto en marcha para el sur, i que para evitar los desórdenes que era de temerse en su tránsito, había ordenado a los jefes que se pusiesen a su cabeza hasta conducir las a los pueblos respectivos. Las conferencias de paz se dieron por terminadas con este motivo i destaqué al comandante Yáñez con su escuadron de Lanceros, para que se mantuviese a la vista de los fujitivos i evitar sus depredaciones. Mi ejército se puso en movimiento desde luego, traspasó el Loncomilla por Patudagüe i dió alcance a los sublevados a las orillas del río Purapel, en donde había hecho alto para esperar los informes de su parlamentario. Era ya el momento de poner término a aquellos procedimientos equívocos, i estando decidido a no pasar adelante sin haber dado fin a la campaña en aquel punto,

por los medios de la paz o de la guerra, el parlamentario me anunció que el jeneral Cruz estaba dispuesto a suscribir el convenio ajustado.

»Así lo verificó en efecto el 14 de diciembre i en su virtud tomé posesion del campo el 15, incorporé en el rejimiento Buin los soldados veteranos del Carampangue que me fueron entregados, desarmé i remití a sus pueblos respectivos a los individuos que habian sido llamados al servicio de las armas con motivo de la revolucion.

»El jefe del Estado Mayor, coronel Rondizzoni, salió inmediatamente a tomar el mando de la provincia de Concepcion a la cabeza de una division compuesta del 2.º batallon del Buin i el escuadron de Lanceros, i el coronel don José Ignacio García, a la cabeza del primer batallon i de los Cazadores a caballo, se movió sobre la provincia del Ñuble, con encargo de hacer subir aquellas fuerzas hasta la frontera. Así quedó enteramente restablecido el réjimen legal en todo el territorio que habia desconocido la autoridad de S. E. el Presidente de la República» (1).

El 14 de diciembre se firmó el tratado de Purapel, nombre del lugar en que se ajustó, por el cual Cruz reconocia la autoridad del presidente don Manuel Montt i Búlnes el grado conferido anteriormente por el gobierno a los militares mezclados en la revolucion i les aseguraba que no serian perseguidos por su conducta política desde el 1.º de septiembre último.

Despues de esta capitulacion, el jeneral Cruz se dirijió a su hacienda de Peñuelas i su afortunado rival entraba a Santiago en la tarde del 23 de diciembre, en medio del júbilo que su presencia despertaba entre los partidarios del Gobierno.

¿I los araucanos? Unos, como se ha visto, volvieron en grupos a sus tierras ántes de la batalla de Loncomilla, no sin dejar de cometer algunos saqueos por el camino, i el resto galopó hasta sus tribus despues de la dispersion de la caballería crucista.

Como el país se tranquilizó a continuacion de la sangrienta refriega del 8 de diciembre, los caciques principales de Arau-

(1) Relacion de las operaciones del ejército del sur, inserta en los *Documentos Parlamentarios* de 1852.

canía entraron de igual modo a un reposo relativo, interrumpido únicamente por asaltos aislados a las comarcas agrícolas de los chilenos o de unas agrupaciones indígenas a otras. No se disipaba la malquerencia que existía entre arribanos, indios del este, entre el Malleco i Cautin, i los abajinos, de las faldas orientales de Nahuelvuta.

Mantenan los primeros su antigua preponderancia sobre los segundos, acentuada ahora mas que ántes, pues contaban con la amistad i el consejo de algunos caudillos de la revolucion recién terminada. Era uno de ellos don Bernardino Pradel, que adquirió marcado ascendiente sobre estas agrupaciones indígenas. En 1852 entró á las posiciones de Mangil en birlocho, carruaje de dos ruédas usado entónces, con grande admiracion i festejo de los indios.

A fines de 1854 estuvieron, sin embargo, a punto de romperse las buenas relaciones de los araucanos con las autoridades de la frontera. En los primeros dias de noviembre el intendente de Arauco ordenó la persecucion de unos indios que habian cometido un robo de animales en las inmediaciones del Bureo. Alcanzados los ladrones, se produjo un pequeño choque, a consecuencia del cual murió uno de los caciques Millapi de Mulchen i cayó prisionero otro. Tomaron las armas los indios de esa zona en número como de 1000 i se presentaron delante del fuerte de Santa Bárbara.

Todos los destacamentos de la frontera se prepararon a la lucha i el intendente pidió apresuradamente auxilio a Chillan. Hubo en los pueblos inmediatos a la línea la alarma que en tales casos se dejaba sentir.

El servicio militar de guarnicion se hallaba establecido ese año de esta manera: en los Anjeles el escuadron de ejército lanceros i dos compañías del 2.º, i una del mismo cuerpo en Nacimiento, Santa Bárbara, Arauco, Negrete i San Carlos. En Concepcion se encontraban destacadas dos compañías de línea i tres en Chillan. A esta fuerza regular se agregaban 2,769 hombres de guardia nacional, en todo el territorio de Arauco (1).

(1) Memoria del ministerio de la guerra, 1854.

Al notar las indiadas de Mulchen que las plazas se prevenían para la resistencia, flaquearon i solamente se redujeron a exhumar el cadáver de Millapi para hacerle los funerales de estilo i a pedir el prisionero, petición a que no accedió la autoridad de Santa Bárbara.

Las otras tribus de Araucanía, ante este conflicto asumieron la actitud de que da cuenta el siguiente oficio que pasó el intendente al gobierno: «El día 16 tuvo lugar a inmediaciones de Angol una junta compuesta de las tribus de la Imperial, Maquegua, Boroa, Truftruf, Tromen, Guilliches, Lumaco i Puren; reducciones completamente independientes de las que manda el indio Magñil i a quien consideran como un enemigo. En ella se trató de la conveniencia que les resultaba mantenerse en orden i tranquilidad protejiendo el comercio que los españoles hacían entre ellos i protestando evitar todo acto que pudiera ser mirado como un mal a los ojos del gobierno; siguiendo por este estilo las reflexiones juiciosas que solo en momentos de temor saben apreciar i que olvidan casi de ordinario segun los hechos lo demuestran.

»Segun lo espuesto por el gobernador de Nacimiento los principales caciques que concurrieron a la espresada junta debían haber ocurrido a la intendencia despues de terminado aquel acto, pensamiento de que desistieron por los consejos misteriosos que les dió el perverso cacique Melin; sin embargo, los informes que ha recibido la intendencia de los comerciantes venidos últimamente del interior, dan a conocer el buen espíritu de esas tribus en favor del orden.

»El día 18 tuvo lugar otra junta a tres leguas de Malven hácia el sur, encabezada por el indio Magñil i a la cual asistieron todos los indios fronterizos i los situados en la parte del oriente en un número como de mil quinientos.

»En esta reunion se propalaron las mismas ideas de orden que en la anterior; mas por uno de aquellos arranques brutales de los indios, se acordó por unánime aclamación que pasadas las próximas cosechas deberían ser espulsados para esta parte del Biobío todos los españoles domiciliados en sus territorios i juntamente el padre que sirve la mision de Malven, dando por razon

que la estabilidad de éstos ultra Biobío era en gran parte el origen de los disturbios que diariamente ocurrían con los indios comprometiéndolos con el gobierno.

«Aunque no carecen de razón las ideas emitidas en esta junta, no dejaría por eso de ser un atentado escandaloso su realización, i sobre todo cuando la intendencia ha hecho entender a los caciques que la han visitado que tiene un especial interés en atender sus reclamos cada i cuando algun español les hiciere algun agravio» (1).

Pero á imitación de los de Mulchen, desistieron los arribanos, al fin, de sus propósitos de espulsar a los cultivadores del otro lado del Biobío, temiendo sin duda las represalias combinadas del ejército i de las tribus abajinas y de los llanos.

Lo que es mas admirable, hasta este antagonismo regional, comun a todas las colectividades bárbaras, trataron de hacer desaparecer algunos caciques. Con permiso de la intendencia, que mandó un representante, celebraron las tribus de la costa, del centro y del este una junta jeneral cerca de Sauces, en octubre de 1855. Habíanla aconsejado los caciques Catrileo i Melín, i en ella se trataron los medios de mantener la paz interior de las secciones araucanas, el comercio con los chilenos i las buenas relaciones con el gobierno.

Las agrupaciones araucanas entraron otra vez a un período de relaciones pacíficas con las autoridades chilenas i torcieron desde este año las riendas de sus caballos hácia las pampas argentinas, donde sus instintos vandálicos i guerreros tenían estenso campo de acción (2).

Con la tolerancia de los indios, la población nacional fué estendiéndose desde 1856 hasta la antigua Angol, i hasta ahí tambien alcanzaba la influencia de la autoridad.

(1) Archivo del antiguo territorio de Arauco.

(2) Archivo de la intendencia de Arauco. Las autoridades militares solían rescatar por estos años, 1850-1858, algunas familias, sobre todo señoras, tomadas en los cantones militares o agrícolas de la Argentina i traídas a la Araucanía. Hubo mujeres que se escaparon de la reducción de su dueño i consiguieron llegar a algun fuerte, entre mil peligros i peripecias.

Pocos años duraria la paz.

Como en 1851, los acontecimientos que en 1859 trastornaron el orden público, se extendieron tambien a la Araucanía, que desde Benavides habia sido el obligado asilo de todos los revolucionarios.

Los mismos cooperadores del jeneral Cruz en la revolucion que tuvo su desenlace en la capitulacion de Purapel, movieron la opinion pública en Concepcion durante la campaña electoral de 1858. Sobresalian como los mas comprometidos en esta oposicion contra el gobierno los señores Nicolas Tirapegui, Ricardo Claro, Anibal Pinto, Víctor Lámas, Jorje Rojas, Virjinió Sanhueza, Tomas 2.^o Smith, Federico C. Benavente, coronel Justo Arteaga, José Riquelme, Horacio Serrano, Juan José Alemparte, Ramon Novoa, Cárlos Castellon, Juan Antonio Pando i Ramon Novoa.

El plan político consistia no solamente en la lucha del sufragio, sino en preparar tambien un pronunciamiento revolucionario, para lo cual se pusieron de acuerdo con el directorio del partido liberal de Santiago. Se fundó para la propaganda un diario titulado *Amigo del Pueblo*, que redactaba don Ricardo Claro, i se proclamó candidato para diputado al popular guerrero del sur, jeneral don José María de la Cruz.

El 30 de marzo se verificaron las elecciones i a pesar de la desmoralizacion política de los ajentes del ejecutivo, el candidato de Concepcion salió elejido por la mayoría de los votantes. Tal manifestacion del espíritu opositor del sur, dió orijen a otra proposicion del directorio de la capital para que secundara la provincia un movimiento subversivo jeneral que debía estallar pronto.

La falta de elementos bélicos impuso la inaccion a los conspiradores. Resolvieron esperar i subordinar sus actos a los sucesos que se preparaban en el norte; pero el levantamiento anticipado de Copiapó el 5 de enero de 1859, desbarató sus planes i los obligó a diseminarse por los campos, pues la república fué declarada en estado de sitio. Poco ántes don Juan Antonio Pando se habia retirado a la provincia de Maule i pasado a conferenciar a Puchacai con el coronel Arteaga i a Chillan

con don Bernardino Pradel, que mantenía influencias incontrarrestables en esta ciudad i en la frontera; don Nicolas Tirapegui se había trasladado al departamento de Arauco a contener la impaciencia de algunos adeptos, i los demás se ocultaron por los campos (1).

Fue oportuna la salida de los complotados, porque al intendente don Rafael Sotomayor lo había sustituido otro más dispuesto a proceder en favor del gobierno, don Adolfo Larénas. En efecto, el nuevo mandatario dispuso la aprehensión de los jefes de la revolución.

Algunos, entre ellos el coronel Arteaga, se dirijieron a la hacienda de propiedad del jeneral Cruz llamada «Casa Blanca», departamento de Puchacai, i en la que residía en la actualidad. A las insinuaciones de sus amigos para que apoyara un levantamiento contra el Gobierno, el aguerrido veterano respondió con discretas evasivas i hasta aconsejó a don Tomas 2.º Smith que no se mezclara en aventuras revolucionarias. Sin embargo, acompañó éste a Concepción al hijo del coronel Arteaga, don Domingo, el cual era portador de una letra por 8,000 pesos para don Aníbal Pinto, que había jirado para gastos de la revolución don Nicomedes C. Ossa (2).

Al fin, los choques armados se produjeron en la primera decena del mes de febrero de 1859. Ajitaron la zona del norte de Concepción hasta Tomé, don Juan José Alemparte i don Mateo Madariaga, de este último pueblo.

El capitán de corbeta graduado de comandante don Galvarino Riveros, comunicaba el 9 de febrero a la comandancia jeneral de marina en Valparaíso el desarrollo de estos sucesos. «Al anunciar a US. mi llegada a este puerto, con procedencia del de Talcahuano, en 40 horas de navegación, me apresuro a poner en su noticia el objeto de este viaje i las causas que lo han motivado.

(1) El coronel Arteaga, conducido preso a Concepción desde Chillán con don Tomas Gallo i don Nicomedes C. Ossa, se había fugado del pueblo de San Rafael.

(2) Memoria de don Ricardo Claro, inserta en la *Historia de la revolución constituyente* (1858-1859), de don Pedro Pablo Figueroa.

»En la noche del 6 al 7 del corriente Talcahuano ha sido asaltado i tomado por la fuerza de los facciosos en número de trescientos a cuatrocientos hombres; el gobernador i los principales empleados públicos estaban en su poder i presos; se daba como un hecho la toma de Concepcion en la misma noche, i la prision del señor Larénas, intendente de la provincia; los caminos públicos se hallaban interceptados todos por tropas de montoneros. El 5 como a las 2 de la tarde el Tomé tambien habia sido asaltado i tomado por una partida de éstos i luego abandonado despues de haberse apoderado de algunos hombres que componian toda la fuerza de aquel puerto i de las armas que pudieron encontrar. Sin embargo, todos estos desórdenes tuvieron lugar sin derramamiento de sangre.

»Como anuncié a US. en una nota anterior, tenia a bordo 36 reos entre políticos i criminales. En la tarde del 6 recibí orden del señor gobernador de Talcahuano para trasladarlos todos al bergantin nacional *Don Regalon*, que estaba fondeado en la bahía. Inmediatamente procedí a ello acompañándolos de una custodia de ocho soldados i un cabo perteneciente a la guarnicion del buque, con las órdenes i municiones correspondientes. Imposible me fué, a pesar del deseo que para ello tuviera, mandar un oficial al bergantin, por el corto número que US. sabe se halla a bordo, como tambien por la falta que ese oficial hubiera hecho en mi buque, dado caso que los enemigos quisieran asaltarlo, noticia que el día anterior me habia sido comunicada por el gobernador de parté del señor intendente.

»A la una de esta misma noche recibí un oficio del señor gobernador comunicándome un decreto del señor intendente, en que se me ordenaba poner inmediatamente en libertad a todos los reos políticos que se encontraran a bordo. Maliciando tanto por el tenor del decreto, como por la hora inusitada en que habia sido comunicado, que el gobernador no lo habia firmado sino impelido por las circunstancias, probablemente harto desfavorables en que se hallaba, contesté capciosamente que iba a dar pronto cumplimiento a la orden, reservándome para tomar cualquiera medida que pudiese impedir la ejecucion del proyecto de los amotinados; pero en este mismo momento un gran número

de chalupas armadas se dirigió sobre el bergantín *Don Regalón*, se sublevaron los presos, los soldados que habían sido mandados para custodiarlos pasaron a su lado i solamentè quedó el cabo de la guarnición, que despues de haber defendido cuanto pudo, fué herido, i a él solo no le era dable impedir que todos se embarcasen en los botes que se hallaban al costado del buque i se encaminasen hácia tierra. Media hora despues, eso es como a las tres de la madrugada, recibí un nuevo oficio del señor gobernador en el cual se me amonestaba por no haber dado cumplimiento al anterior decreto con la lijereza que debiera haber empleado, ordenándome al mismo tiempo poner el buque i todos sus pertrechos a la órden de don Pablo Angulo que debía funcionar en su lugar, i anunciándome verbalmente por el portador, que si me negaba a esta última órden inmediatamente debian las fuerzas de los revolucionarios asaltar el buque. Contesté al gobernador que no podía dar cumplimiento a semejante disposicion i zarpé para el Tomé a tomar razon de lo que pudiera haber sucedido en Concepcion. El subdelegado marítimo de aquel puerto me dijo que desde dos dias no se habia recibido comunicacion alguna de Concepcion por hallarse interceptados todos los caminos; que el gobernador habia marchado para Chillan en busca de alguna fuerza para proteger su gobernacion, que se encontraba a la sazón sin hombre alguno. Entónces vi que solamente me quedaban dos arbitrios, o bloquear el puerto, para cuya ejecucion no me hallaba con la fuerza suficiente, o regresar al departamento para poner con toda celeridad en noticia del Supremo Gobierno estos infaustos acontecimientos. Me incliné hácia la segunda de estas determinaciones, por estar convencido que con las pocas fuerzas con que contaba no podia ser efectivo el bloqueo, que quedarme ahí era perder un tiempo precioso que podría utilizarse ventajosamente, en hacer la vela para Valparaiso, noticiar lo acaecido a U.S. i poner al Supremo Gobierno en el caso de tomar las providencias que fuesen del caso.»

Sin pérdida de tiempo los dos jefes del pronunciamiento se dirijieron de Talcahuano a Concepcion. El 8 de febrero, entre 2 i 3 de la tarde llegaban a los suburbios de esta ciudad, a la

cabeza de dos piezas de artillería i como de 600 hombres, montados unos i a pié otros i sin armas, pues no alcanzaban a 200 los que traian escopetas, fusiles o carabinas de pésima calidad.

El mismo día a las 12 M. habian llegado a Concepcion una compañía del 4.º de línea i otra del batallon cívico de Chillan, que sumaban 160 plazas i quedaron bajo el mando del teniente-coronel don Basilio Urrutia, en calidad de comandante jeneral de infantería.

Luego que la comandancia de armas supo el avance de los amotinados de Talcahuano, ordenó a Urrutia que saliera a su encuentro. Este jefe disponia, ademas de la tropa recién llegada, de 100 plazas del batallon de línea Concepcion i dos piezas de artillería, servidas por 20 hombres. El teniente-coronel don Ignacio José Prieto mandaba la caballería, que la formaban el escuadron lanceros de San Carlos, a las órdenes del comandante don José Vicente Venégas, i el de carabineros de Lautaro, a las del sarjento mayor don Juan Pablo Molinet.

Colocó Urrutia «una pieza de artillería en la esquina de la calle de O'Higgins, tres cuabras de la plaza hácia el Biobío, dando frente al cerro Amarillo por la calle transversal que va a ese punto, i protegida por la compañía del 4.º de línea». La otra la puso en la esquina siguiente, abocada tambien hácia el río i defendida por el batallon Concepcion.

Los grupos asaltantes se adelantaron a la ciudad por el cerro Amarillo. La compañía del Chillan avanzó entónces por la calle del flanco izquierdo de la línea, una cuadra mas hácia el río, con la determinacion de copar a los sublevados. Los cañones rompieron el fuego.

«En este órden las fuerzas fueron avanzando gradualmente hasta el extremo de llegar la primera pieza a un cuarto de cuadra de distancia de otra del enemigo». En este instante carga la compañía del 4.º, se apodera de una pieza de los contrarios i los empuja tras de una palizada, desde donde hacen fuego. De ahí son tambien desalojados.

Miéntas tanto, la segunda pieza de artillería habia marchado por la calle de su frente, protejiéndose con el Concepcion; unióse a esta fuerza la tropa del Chillan, que se habia adelantado ya

por uno de los flancos. Como los revolucionarios podían hacer un esfuerzo supremo por la parte de la primera pieza, el comandante en jefe manda que una fracción de los soldados que pelean por el lado de la segunda, avance una cuadra más en dirección al cerro Amarillo i amague el ala derecha del enemigo. Esta maniobra obliga a retroceder en derrota a los sublevados.

La caballería se había formado a retaguardia de los infantes. No pudiendo maniobrar en las calles de la ciudad, buscó salida para el Biobío, por la izquierda de la línea, para tomar por la retaguardia a los jinetes rebeldes: éstos salieron valientemente a encontrarlos, en número como de 150, por el lado del Malecón; pero al primer choque se dispersaron i emprendieron la retirada por el cerro de Chepe: 16 cayeron prisioneros, casi todos heridos.

Duró esta acción de armas cerca de tres horas i costó a las fuerzas del orden, como se llamaba a las del gobierno, 9 muertos, 39 heridos i 7 dispersos. Los asaltantes tuvieron pérdidas triplicadas a las anteriores (1).

Retiráronse los revolucionarios en dirección a Penco, para diseminarse en seguida a distintos lugares de los departamentos vecinos.

En sus filas se había distinguido una mujer entusiasta i varonil llamada Rosario Ortiz i conocida con el apodo de «la Monchi». Revolucionaria recalcitrante, habíase batido también en la batalla de Loncomilla.

La revuelta no se estinguió con este fracaso. Desde el mes de enero habían ido llegando a los pueblos de la frontera para levantar su espíritu patriota i animarlos a la resistencia, Benjamín Videla, Bernardino Pradel i su hijo Miguel, Arístides Cruz, Fidel Vargas i Nicolás Tirapegui.

Sus proyectos tenían como fin dominante asociar a los araucanos a sus empresas contra el gobierno. La probada i antigua amistad de Pradel i Mangil por una parte, i por otra la oportunidad que presentaba a las indiadas arribanas para dar malones

(1) Partes de Urrutia i Prieto. En la hoja de servicios del general Urrutia se llama «batalla de la Alameda de Concepcion» a este encuentro i se dan como asistentes a él mas de 800 insurrectos.

i entregarse al pillaje, hicieron mui viable el plan de los conspiradores.

Mangil ordenó a las tribus de su dependencia que tomaran las armas. Brazo derecho, especie de jefe de estado mayor del poderoso caudillo araucano era por este tiempo el cacique Calvucoi, turbulento, fiero i precipitado en la pelea. Tuvo primero su residencia en las orillas del Renaico, frente del actual caserío de la Esperanza, de donde las tropas del gobierno lo empujaron a los dominios del potentado arribano.

Gobernaba la provincia de Arauco desde 1857, como intendente i comandante jeneral de armas, el sarjento mayor graduado don Cornelio Saavedra.

La frontera estaba defendida entónces por un recinto fortificado en los Anjeles, con cuatro piezas de artillería i almacenes con la provision para toda la línea de fuertes.

Al otro lado del Biobío, en la confluencia de este rio con el Vergara, estaba el fuerte de Nacimiento, con tres piezas en regular estado de servicio, i almacenes con la competente dotacion para la artillería i guarnicion.

Adelantado sobre la tierra de los indios, existia el punto fortificado de Negrete, mero vijía i puesto de avanzada, con una pieza de artillería i los pertrechos correspondientes.

Santa Bárbara era la plaza militar mas oriental de la línea de frontera, situada en la falda de los Andes, con su artillería i pertrechos.

San Carlos era otro fortin situado a la márjen derecha del Biobío, sobre la línea de frontera, con una sola pieza de artillería bien dotada.

En la plaza de Santa Juana se mantenía una guarnicion de la guardia nacional, con una pieza de artillería.

En el fuerte Arauco habia dos piezas de artillería completas i almacen para la guarnicion.

Defendian estas plazas fortificadas el batallon 2.º de línea i la guardia nacional de todo el territorio de Arauco, que ascendía a 2,256 hombres.

En los primeros dias del mes de febrero los revolucionarios se habian reconcentrado en la plaza de San Carlos de Puren.

El comandante general de armas de la frontera preparó en los Angeles una columna de infantes del 2.º de línea i algunos milicianos de caballería para sorprender a los guerrilleros en el cuartel que ocupaban. La puso bajo el mando del aguerrido capitán don Santos Alarcon i la despachó a cumplir su comision el 8 de febrero.

El veterano daba cuenta de esta manera a su jefe de la sorpresa que habia llevado a cabo en la noche del 19: «Cumpliendo las órdenes de US., anoche a las once me puse en marcha con la fuerza que US. se sirvió poner a mi disposicion con el objeto de sorprender i atacar la montonera revolucionaria levantada por don Benjamin Videla i don José Miguel Pradel, que se encontraba en el pueblo de San Carlos de Puren acampada dentro del recinto militar i con cuya montonera se habia trastornado el orden público en esta provincia i alarmado las de Concepcion i Nuble, i asolado con sus saqueos i pillajes los departamentos de la Laja i Nacimiento. Arribamos a dicho pueblo como a las tres i media de la mañana de hoy, i mediante la oscuridad pudimos sorprender al centinela e introducirnos al recinto, resistiendo el fuego que se improvisó del contrario. El tiroteo duró sostenidamente mas de media hora hasta que nuestra infantería cargó a la bayoneta i rindió al enemigo que se componia de mas de trescientos individuos.

»El jefe Videla se fugó el primero al principio de la refriega, habiéndole tomado el caballo. Tuvieron diez muertos, entre ellos un señor Roa, que hacia de oficial. Hicimos prisioneros a cincuenta i seis individuos que constan de la relacion adjunta: los demas huyeron, no habiéndolos podido perseguir la caballería por la oscuridad de la noche, i se presume se haya precipitado la mayor parte en el Biobío. Tambien se tomó prisionero al capitán de ejército retirado don Enrique Padilla, que se fugó en el camino no obstante sus heridas. Se ha apresado todo el armamento, municiones, caballada i varias prendas que cargaba el enemigo para obsequiar a los indios.

»A nuestro regreso pasaron el Biobío como cuatrocientos indios que estaban acampados en las márgenes opuestas i se dirijieron a cortarnos la marcha. Con el nuevo auxilio que US. oportuna-

mente me envió pude abrirme paso batiéndolos i derrotándolos en las Viñas, dos leguas distante de esta ciudad.

»Toda la tropa de mi mando ha cumplido satisfactoriamente su deber, obrando con entusiasmo i denuedo; pero me permitiré recomendar especialmente a US. la intrepidez i arrojo de la fuerza del batallon núm. 2 de línea, a quien se debe principalmente el éxito alcanzado sobre los insurjentes. Tengo que deplorar algunas desgracias de nuestra parte; los valientes del 2.º de línea capitanes don Leoncio Hipólito Beauchemin i don Nicanor Silva Arriagada i el subteniente don Francisco Oyarzun, que se cruzaron pecho a pecho con el enemigo, dirijiendo las cargas de bayoneta i alentando la tropa con su ejemplo, han sido heridos. El subteniente don Eduardo Santa María ha peleado tambien con bizarría, alcanzando las balas a dañarle solamente la ropa. Ha habido doce heridos mas de la clase de tropa; pero felizmente no hemos tenido ningun muerto que lamentar.

»Entre los prisioneros se encuentran don Nolasco Gonzalez, que fué aprehendido por los enemigos i hoi iba a ser ejecutado por éstos por creerle desafecto a su causa i emisario nuestro.— Dios guarde a US.—*Santos Alarcon*» (1).

Espedita tuvieron los indios i montoneros sorprendidos en San Carlos la retirada de las tribus de Renaico, donde no tardaron en llenar las bajas con mayor número de lanzas. La noticia de un encuentro era para los indijenas que no habian concurrido a una campaña como un aviso de reunion i de expectativas de botín. No trascurría, pues, una semana cuando Videla marchaba otra vez a pasar el Biobío. No le habia sido difícil adelantarse al norte, por cuanto la línea de frontera se hallaba desguarnecida a causa de haberse retirado a Chillan el intendente i comandante de armas con una division de la mejor tropa, reforzar la de ese canton militar, que permanecia en expectativa de los sucesos que se desarrollaban mas al norte.

El 16 de febrero se presentaron los capitanes de la revuelta

(1) Memoria del Ministerio de la Guerra, 1859, i hoja de servicios del capitán Alarcon.

delante de Nacimiento a la cabeza de un cuerpo como de 1,000 indios i chilenos, armados unos con lanzas i otros con sable. Acamparon sus escuadrones en la isla de Vergara, frente del pueblo, i ellos se hospedaron en casa de don Carlos Onfray, comerciante frances que dejó una larga descendencia en la actual provincia de Malleco.

Las autoridades locales huyeron i los vecinos designaron para gobernador a don José F. Piñeiro. Varios oficiales de los dos escuadrones cívicos de Nacimiento, que mandaban los comandantes José Miguel Conejeros i Rosauro Diaz, se plegaron a los montoneros (1).

Las hordas de indios recorrían los campos de la zona llamada isla de Vergara en todas direcciones, incendiando las casas i cometiendo toda clase de excesos. Fuera de los caciques, sus capitanes naturales, venían en sus huestes intérpretes o lenguas de mucho ascendiente, entre los cuales se contaba Pedro Cid, que había desempeñado en 1851 igual papel, i Pantaleón Sánchez, que gozaba asimismo de un poder ilimitado de sujeción en algunas tribus.

Los jefes del movimiento revolucionario impusieron prorratas de animales a los hacendados i de mercaderías a los comerciantes, i sus segundos u oficiales estrajeron del estanco las especies almacenadas, principalmente el tabaco.

Un incidente nimio e inesperado vino a provocar el levantamiento del cacicazgo de los Colipi, ántes tan adicto al gobierno, i a poner en un trance peligroso a los mismos guerrilleros. El gobernador Piñeiro narra los hechos de esta manera, en nota a la intendencia, de fecha 20 de febrero:

«El mismo día 16 en que llegó Videla, don Daniel Sepúlveda ofreció a los vecinos del pueblo un contingente de 40 indios angolinos bajo el mando de los Calbunes que se ofrecieron voluntariamente a prestar sus servicios a favor del pueblo; se contestó que no siendo fuerza suficiente para contener los indios arribanos en los desmanes que pudieran hacer, era inútil aceptar sus servicios. Al regreso de estos indios, tomaron de Maiten Regüe,

(1) Archivo del territorio de Arauco.

hacienda de don Bartolomé Sepúlveda, una tropa de yeguas i algunos animales vacunos. El número de indios que arrearon estos animales eran de 17 a 20. Sabedor que fué don Daniel Sepúlveda del robo que le hacian, fué con 14 hombres armados de fusiles i los encontró sesteando; a la presencia de Sepúlveda los indios tomaron sus lanzas en actitud de defensa; entónces les hizo fuego cayendo muertos siete i quedando la mayor parte heridos. Este acontecimiento fué considerado por los vecinos de este pueblo como mui temerario e imprudente, atendiendo al estado actual de cosas. Hoi a las doce del día se recibió un recado verbal del inspector don Andres Narvaez, del distrito del Almendro, que dista 8 leguas de este pueblo, diciendo que tenia noticia fidedigna que venian a Nacimiento como 400 indios a vengar las muertes que les habian hecho a los suyos. A la misma hora mandaron dos correos los caciques Melin, Huinca Pinolevi i Huenchechal, dando parte a este gobierno que se acercaban a este pueblo para arreglar algunos asuntos.

»Inmediatamente tomé la providencia de reunir algunos vecinos de los mas respetables para ir a hablar con ellos e impedir de algun modo su aproximacion a la poblacion, lo que tuvo efecto aproximándome al punto donde venian, que era cerca del Renaico. Los caciques hicieron formar toda su jente i calculo que habria como 800, pero que mañana amanecerán mil segun dijeron ellos.

»Valiéndome del intérprete don Manuel Antonio Cid, les dije que estrañaba que hubiesen venido sin aviso previo i causando alguna sospecha de su amistad i buena intelijencia en que estaban con este gobierno i el pueblo de Nacimiento. Contestó el cacique Melin que no tuviésemos cuidado, que solo querian ser bien pagados de las muertes de sus hermanos. Me dijeron tambien que querian hablar con el coronel Videla; les contesté que mañana a las 11 del día estaria con ellos i que con él se arreglarían los reclamos que hacian, i que se les haria justicia. Hemos sabido de buen orijen que los caciques dichos mandaron correos al cacique arribano Cavulcoi i que éste ha enviado correos al interior de la Araucanía. US. verá que la situacion de este pueblo es sumamente alarmante i peligrosa i que ha producido

en esta poblacion un terrible conflicto, lo que pongo en conocimiento de V. S. para los fines convenientes.

Del resultado de la entrevista del señor Videla con los indios daré cuenta a ese gobierno tan pronto como se pueda, por la razon de las dificultades que hai para mandar propios en el acto que se quiere.—Dios guarde a U. S.—*José F. Piñero.*»

Los dias 21 i 22, agregaba el gobernador a las noticias anteriores las que consigna esta comunicacion:

«Cumpliendo con el deber de seguir comunicando a US. los acontecimientos que van teniendo lugar por el amago de los salvajes de la Araucanía, relaciono el convenio celebrado hoi por don Benjamin Videla i los caciques Melin, Huinca Pinolevi i Huenchacal. Las exigencias de estos jefes de bandoleros eran estremadas.

»Pedian como reparacion de los daños inferidos a un cacique i seis mocetones muertos i varios heridos, cien animales vacunos por cada muerte, mil de la misma clase por sus servicios personales (o *sobado* como ellos llaman), un sombrero, un pirquen, una camisa, un calzoncillo i aun zapatos para cada individuo de los que componen la fuerza bruta; querian ademas incendiar las casas de don Bartolomé Sepúlveda i de don Andrés Campos. A fuerza de muchas razones empleadas por el señor Videla se arribó a que se conformasen con los ganados de la hacienda de Sepúlveda, i al efecto pidieron los indios que el intérprete don Manuel Antonio Cid fuese a entregarles los animales al punto denominado los Pantanos, que está deslindando con los terrenos de Sepúlveda. Se obligaron a retirar la indiada dejando solamente los hombres necesarios para que fuesen recibiendo los animales a medida que se fuesen comiendo. El señor Videla nombró una comision compuesta de don Manuel Antonio Cid i don Francisco Fernández, vecinos de este pueblo, autorizándolos para obligar a algunos hombres que ayudasen a hacer los rodeos, porque los vaqueros de Sepúlveda todos se han escondido. A pesar de esta transaccion, tememos mucho de que los indios invadan las haciendas vecinas i roben cuanto encuentren dejando a los propietarios en completa insolvencia. Este temor es fundado en que siendo los animales de Sepúlveda mui lobos i alzados por la clase de cercanía en que son criados, costará

mucho trabajo para reunir la cantidad en que se han fijado los indios i entónces enterarán con las demas propiedades sin sujetarse a límites.

»El cacique Cavulcoi estuvo en Negrete con bastantes indios para concluir con los restos de trigos que quedaban en la bodega de don I. Gaete.

»De la poca jente que habia quedado en este pueblo, ha emigrado hoi como la mitad i al presente se nota un silencio sepulcral, que apenas se conoce que fuese pueblo.

»El señor Videla mandó ántes de tener la entrevista con los indios por unos mazos de tabaco para obsequio de ellos i he tenido que ordenar su entrega.

»Adjunto el inventario que hice practicar de las especies estancadas; se han depositado bajo el cuidado de don Juan de Dios Cid, persona que me inspira confianza. Hubo que trasladar dichas especies a una pieza de la casa de don Antonio Cid, porque en la que estaban habian falseado las cerraduras i no habia seguridad. Habrá, pues, que pagar el arriendo de la pieza del depósito.

»El señor Videla se encuentra aun acampado a una legua de este pueblo con su fuerza de españoles i se ignora cuando desampare este punto.

»Acabo de saber que los indios han relajado el convenio con Videla de hacer retirarse la indiada, i que los mil indios que han venido pasarán a Maiten Regüe i los potreros inmediatos, donde quedan los pocos animales que se habian salvado i concluirán con todo probablemente.

»*Día 22.*—Al tiempo de cerrar esta comunicacion recibí la de US. bajo el número 29, con una carta apertoria para don José M. Cid i otra cerrada para don José Miguel Jara, las que voi a mandar en el acto con un propio. Respecto del contenido de la primera diré a US. que, si el señor Videla apuró la transaccion con los indios, fué obligado por la actitud hostil con que estaban. La primera solicitud de ellos fué de que se les entregasen 40 animales vacunos por día para mantencion de su jente, i de ninguna manera convenia el campamento de los salvajes a legua i media de esta poblacion donde vinieron a alojarse, porque de

un momento a otro nadie los hubiese contenido en el estado de impotencia en que nos encontramos para poner coto a sus insolencias; hubo, pues, que mandar propios de noche a traer estos animales que pedían para su mantencion.—Dios guarde a US.
—*José F. Piñeiro.*»

Sin freno que los contuviera, los indios i algunos chilenos de mala reputacion que los acompañaban, se entregaron libremente al saqueo i tala de toda la zona comprendida entre Nacimiento, Negrete e inmediaciones de los Anjeles.

El segundo de estos pueblos se venia reconstruyendo desde 1850 i contaba el año de estos sucesos como con 1,500 habitantes, varias tiendas i una iglesia. Pues bien, el día 22 se divisaba desde Nacimiento una colosal humareda que cubria el espacio por el lado del Bureo: era la villa de Negrete que ardía. Los araucanos, unidos arribanos i llanistas de Angol i Saucos, entraron a ella a saco, e instigados por el chileno José Solano, titulado oficial, prendieron fuego a las casas.

El 1.º de marzo Videla escogió 200 hombres, hizo juntar 100 animales vacunos i se retiró de Nacimiento. El 6 de marzo se apoderó de los Anjeles (1). Poco despues se dirigió a Santa Juana con intencion de reunirse a Tirapegui, que ocupaba la plaza de Arauco. El jefe revolucionario habia nombrado intendente de la provincia, el mismo día que se apoderó de los Anjeles, a don Pedro Ruiz Aldea, que ejercia las funciones de secretario de la autoridad local.

Con la ida de Videla creció la audacia de los indios. Una partida que dirijia el lenguaraz Pedro Cid, se encontró con el teniente don Manuel Teran i algunos milicianos i los acometió hasta concluir con el oficial i cuatro individuos i herir a los demas.

Piñeiro daba cuenta al intendente de tal efervescencia araucana en estas aflijidas palabras:

«Los indios cruzan aun los llanos de la hacienda de Renaico i siguen recojiendo el fruto del sudor ajeno; i como ya han agotado los animales vacunos, ganado lanar, mercaderías de las

(1) Archivo de la intendencia de Arauco.

tiendas de ese desgraciado pueblo de Negrete, muebles i casas incendiadas, se afanan ahora en cojer las mieses que era el único recurso que quedaba a los habitantes pobres de esos campos. Se asegura que del otro lado de Renaico han venido indios a estacionarse a las chacras, imaginándose ser ya perfectos dueños!»

El pánico habia cundido hasta los Anjeles. Desempeñaba las funciones de intendente accidental en esta poblacion el teniente coronel don José Antonio Yáñez, que tan importantes servicios habia prestado al Gobierno de Montt en 1851. Sin elementos para resistir un ataque formal contra el pueblo i no queriendo esponer a sus habitantes a los latrocinios i desmanes de los bárbaros, propuso una capitulacion a don Bernardino Pradel. Con fecha 18 de febrero daba cuenta de este convenio al ministerio de la guerra en el oficio que sigue:

«El 15 del corriente fuí nombrado intendente interino de esta provincia por el señor don Cornelio Saavedra, a consecuencia de haber salido este señor con una division para la provincia del Ñuble.

»El 16 entré a tomar posesion de mi destino en circunstancias que la provincia estaba enteramente alarmada con la proximidad de los indios i sin ningun medio de defensa para proteger a los ancianos, mujeres i niños que habian quedado en esta ciudad. Los que estaban en disposicion de tomar las armas fueron enrolados en la fuerza que marchaba para Chillan, cuyo alistamiento i el espanto consiguiente a la inseguridad de la provincia, produjo el abandono de los campos.

»En los momentos supremos en que yo tomé el mando de la provincia, mi primera dilijencia fué poner en libertad a los reos políticos don Domingo i don Miguel Greene que existian en esta cárcel; i como el enemigo amenazaba invadirnos de un momento a otro, mandé a ultra Biobío a los señores don Domingo Greene i don Nicolas Sánchez, con las proposiciones que se mencionan en los párrafos de la carta que trascribo a U.S., dirigida al señor don Bernardino Pradel: «Anjeles, febrero 16 de 1859.—Si Ud. » gusta, puede estar hoy mismo en esta plaza con los españoles » que lo quieran seguir, en la intelijencia de que el vecindario ya

» no los reputa enemigos sino hermanos. Magnil i sus mocetones
 » pueden tambien pasar a esta parte del Biobío, pero sin armas i
 » sin miras hostiles, porque el que se pille con ellas se le conside-
 » rará como ladron i será castigado como tal, pudiendo hacer
 » Magnil otro tanto con los españoles que pasen con armas al otro
 » lado del Biobío.

» Si Ud. o los indios pretenden perseguir a los reputados ene-
 » migos, pueden hacerlo sin que el gobierno de esta provincia se
 » oponga a ello; pero sin pasar al pueblo ni tomar a nadie cosa
 » alguna, porque si algo necesitan, me lo pedirán a mí; yo los auxi-
 » liaré con lo mas urgente a fin de que no molesten a los vecinos».

» Tal medida ha dado por resultado la pacificacion de la fron-
 » tera i la cesacion de las hostilidades. Los indios se han retirado
 » al interior de la Araucanía, i los señores don Bernardino Pradel
 » i don Arístides Cruz quedan en los Anjeles comprometidos a
 » contener a los indíjenas desde el Vergara hasta Santa Bárbara;
 » i los señores don Benjamin Videla, don Miguel Pradel i don
 » Fidel Vargas quedan en Nacimiento con 200 hombres a dispo-
 » sicion de esta Comandancia Jeneral de Armas, obligados a resis-
 » tir a los indios desde el Vergara hasta el Tavolevo. Esta capi-
 » tulacion se respetará hasta tanto llegue la aprobacion del Supre-
 » mo Gobierno, despues de lo cual, si S. E. lo tiene a bien, la tropa
 » depondrá las armas i quedará en libertad.

» He tomado tambien algunas otras medidas conciliatorias,
 » tales como algunos nombramientos de que doi cuenta a US. por
 » separado i una circular dirigida a los subdelegados ordenándoles
 » la recoleccion de las armas e invitándolos a que hagan volver a
 » sus hogares a las familias que permanezcan ocultas en los bos-
 » ques.

» Espero, señor Ministro, que estas medidas serán de la apro-
 » bacion de S. E. el Presidente, a quien US. elevará esta nota
 » para los fines que dejo indicados.

» Dios guarde a US.—*J. A. Yáñez.*»

A pesar de lo convenido, los revolucionarios amenazan mar-
 » char el 27 de febrero sobre los Anjeles, segun consta de esta
 » nota del intendente interino Yáñez:

» Señor Ministro: Acompaño a US. copia de un oficio que en

este momento acabo de recibir de don Benjamin Videla anunciándome su marcha para esta ciudad de los Anjeles. Por ella verá US. que el señor Videla ha tomado esta determinacion a consecuencia del contenido de las comunicaciones particulares que iban dirigidas al señor jeneral en jefe de las operaciones del sur i que por un fatal acaso han caido en sus manos.

»Inmediatamente de recibir el oficio del señor Videla, le he escrito a su campamento recordándole la observancia de nuestro acuerdo de no entrar con fuerza armada en esta plaza i de esperar del otro lado del Biobío la resolucion del Supremo Gobierno. He dado tambien las órdenes convenientes para atender a la seguridad i defensa de la poblacion en caso de que aquel caudillo quisiese entrar por la fuerza i contra lo que mutuamente tenemos establecido.

»Como por lo sucedido con las correspondencias de los señores Saavedra i Pinto temo que tambien se haya estraviado mi primera nota dirigida a US., le acompaño igualmente una copia de ella para que se sirva considerar la transaccion amistosa que tenia acordada con los señores Pradel i Videla.—Dios guardé a US.—*José Antonio Yáñez.*»

Toda la frontera ardía entretanto.

Don Bernardino Pradel i su hijo se trasladaron a la reduccion de Huinca Pinolevi, primo hermano del famoso Lorenzo Colipi, a pedirle un auxilio de 200 lanzas, que el caviloso cacique les negó.

En la costa de Arauco se habian verificado sucesos no ménos importantes, de los que habia sido autor principal don Nicolas Tirapegui. Se hallaba este agitador de la oposicion en Nacimiento cuando llegó a esa plaza la noticia de la rebelion de Copiapó. El gobernador lo hizo salir del pueblo. Fuése a ocultar a una hacienda cercana de propiedad de don Juan José Alemparte, llamada «el Culenar». Cuando supo que Videla formaba su montonera, trató de conquistarse la guarnicion de Nacimiento, que Saavedra hizo trasladar oportunamente a los Anjeles.

La derrota de Concepcion lo indujo a trasladarse a Santa Juana i entrar en secreta connivencia con el gobernador susti-

tuto don Pascual Ruiz, comandante de la caballería cívica i asesor del propietario, un señor Abello, para levantarse con los escuadrones de su mando. La sorpresa de San Carlos, en que fue deshecha la guerrilla de Videla, lo obligó a desistir de su propósito i a encaminarse al pueblo de Arauco.

Cuando llegaba a orillas del Carampangue, se le presentó el sarjento José Carrosa, que habia peleado en Loncomilla i ascendido a oficial, i que el día 9 de marzo habia sublevado la compañía de infantería de guarnicion en la plaza, con un efectivo de 65 individuos. Le instó a que tomara el mando, el que aceptó despues de algunas vacilaciones.

Era gobernador el sarjento mayor don José Soto, quien se retiró tranquilamente del pueblo despues del motin de sus soldados.

El capitán de fragata don Leoncio Señoret, que habia salido de Valparaiso el 6 de febrero conduciendo artillería i 330 hombres del 5.º de línea a bordo del *Maule* i llegado el 8 a Talcahuano, recibió la comision en este puerto del intendente de Arauco para embarcar una columna de 180 individuos de aquel cuerpo i 14 artilleros con 2 piezas i restablecer con ellos el órden en el departamento recién tomado por los montoneros i los indios, que no eran indiferentes a estos trastornos de la tranquilidad pública. Este jefe libró con los sublevados un combate cuyos detalles consigna en este oficio a la comandancia jeneral de marina:

«Zarpé el mismo día 9 llevando a remolque dos lanchas para desembarque, i toqué en Lota a las 12 de la noche. Hallé asilados en un buque de ese puerto al gobernador de Arauco sarjento mayor don José Soto, que habia huido ese mismo día de su departamento, dejando en poder del enemigo a su escolta compuesta de unos treinta hombres armados de sables i carabinas. Supe por este señor, que las fuerzas de los rebeldes eran considerables. Continué mi navegacion i mandé un bote a Laraquete para indagar la posicion del enemigo, que se me aseguraba avanzaba sobre Lota: teniendo allí noticias que no se habia movido de Arauco, me diriji sobre la boca del rio Carampangue, que hallé demasiado mala para un desembarque, por lo

que continué costeano hasta el río Tubul, en cuya embocadura eché la tropa a tierra a las doce del día 10. Sin embargo que la costa estaba cubierta de jente armada i a caballo, el desembarque se efectuó pacíficamente i sin la menor novedad. A las 2 de la tarde emprendí la marcha sobre el enemigo que nos aguardaba en batalla, en la pampa que debíamos atravesar para llegar al pueblo. Los fuegos combinados del vapor i de la vanguardia lo pusieron luego en retirada i continuamos hasta las inmediaciones del fuerte, donde entramos despues de un choque bastante reñido con los rebeldes, cuyo número no bajaría de cuatrocientos. Como el combate tuvo lugar entre montes i matorrales, no nos fué posible apreciar la pérdida del enemigo: en cuanto a los soldados del orden, solo fué herido uno i no de gravedad. El día 11 por la mañana dispuse que el *Maule* se dirijiese a Laraquete, i desembarcarse veinticinco hombres que habia dejado a bordo con el objeto de cortar la retirada a los fujitivos que intentasen dirijirse al interior. Mandé diversas partidas en persecucion de algunos grupos que todavía se mantenian unidos i traté de restablecer la confianza i de atraer al pueblo sus habitantes, que lo habian completamente abandonado por haberseles hecho creer que las tropas del Gobierno venian a esterminarlos en castigo de la sedicion. Se publicó un bando de indulto i se hizo reconocer al nuevo gobernador Quezada. El 12 creyendo ya inoficiosa mi permanencia, emprendí mi vuelta a Talcahuano, dejando de guarnicion en el fuerte a un capitan con su compañía i vine a embarcarme con el resto de la columna en Laraquete, de donde salí a las 7 de la noche i he llegado hoy a este puerto, a las 2 de la mañana sin haber tenido la menor novedad en mi navegacion.»

Tirapegui, de acuerdo con Videla, se propuso reunirse a las guerrillas que operaban en la alta frontera. Empeñó viaje por Colcura i Coronel, donde se le juntaron como 500 hombres. Aunque muchos se volvieron del camino, comandando 70 infantes, otros tantos jinetes i 6 cañones marchó hasta Pileo, embarcó sus piezas de artillería i orilló el Biobío hasta Santa Juana, punto en que lo aguardaba Videla.

Despues de aprovechar algunos elementos de los Anjeles, se

corrieron hácia Renaico para quedar protegidos por los indios i a cubierto de una sorpresa por la espalda. A este punto de reconcentraci3n llegó poco mas tarde Alemparte, quien habia tomado el camino de la cordillera i descendido por Villucura.

Engrosadas así las partidas de guerrilleros, pasaron a los Anjeles para emprender desde aquí la marcha al norte. A esta ciudad llegó tambien don Bernardino Pradel. Este antiguo conspirador i Videla eran de opinion de no iniciar una campaña ofensiva hasta no contar con mayores elementos bélicos i el auxilio de unos 6,000 araucanos por lo ménos. Don Ricardo Claro hizo llegar asimismo, desde su escondite en el campo, a conocimiento de los jefes de las guerrillas su parecer contrario a esta marcha; pero Alemparte i Tirapegui estaban por el avance inmediato.

Consultado el jeneral Cruz asintió a este pensamiento, con la condicion de prescindir de Concepcion i evitar un encuentro en Chillan. En consecuencia, la division se movió al norte i llegó hasta Yumbel, donde permaneci3 varios días completando su organizaci3n (1).

Fué designado como primer jefe o jeneral don Nicolas Tirapegui; Benjamin Videla obtuvo el título de teniente coronel e intendente de ejército; Alemparte, el de comisario de guerra. Mandaban la infantería un Suárez de Santiago, Mateo Madañaga, el capitán Seguel, de Yumbel; Juan Fernández i Andres Bustos, de Cauquenes; Luis Cruz i el sastre José María González, revolucionario del 51. Los escuadrones quedaron bajo el mando de Fidel Vargas, Miguel Pradel, Demetrio Roa, de Santa Juana; Enrique Padilla, José Miguel López, de Quirihue; Cesáreo Sánchez, de Yumbel; Pedro Solar, de Peñuelas. Como comandante de la artillería fué reconocido José Solano, el mismo que habia incendiado la plaza de Negrete, hijo de los Anjeles. Contábanse 9 cañones, 6 traídos de Arauco, 2 de Nacimiento i 1 de los Anjeles, tirados en carretas i servidos por 75 artilleros bien amunicionados. El total de la fuerza se componia de 1,055 hombres:

(1) Apuntes de don Benjamin Videla insertos en la *Historia de la revolucion constituyente* del señor Figueroa.

300 infantes, 680 jinetes i el cuerpo de artillería. Entre la jente de caballería venian algunos indios.

Estos grupos armados estaban poseidos de una decision a toda prueba para entrar en campaña; mas, carecian de unidad de direccion, pues sus primeros jefes, sobre carecer de preparacion militar, se hallaban divididos por rivalidades perturbadoras. Don Bernardino Pradel i Tirapegui se habian ido en una ocasion a las manos; entre éste i Alemparte existia ademas una enemistad mal disimulada.

La division revolucionaria se movió por último, en los primeros dias de abril en direccion a Chillan. Atravesó el Itata en balsas i siguió hasta Larqui i desde aquí hasta las cercanías de Chillan. Por el camino se le incorporaron algunos dispersos de la montonera de don Antonio Arce, organizada en el Parral i batida en varios encuentros en las provincias del centro.

Era intendente i comandante de armas de Chillan el teniente coronel don José Manuel Pinto, jefe del 4.º de línea. Habíasele nombrado por decreto reciente de 7 de abril comandante en jefe de un cuerpo de ejército titulado «division pacificadora del sur», destinado a vencer la rebelion de los pueblos insurrectos de la frontera.

A las 9 de la mañana del 12 de abril llegaban las huestes guerrilleras a las lomas de Collanco, que distan como 5 kilómetros al noreste de Chillan Viejo. Aquí se formaron inmediatamente para entrar en combate.

Miéntas tanto, las fuerzas del gobierno habian salido de Chillan a la hora en que las del sur se avistaban en Collanco i se detuvieron en una loma contigua al riachuelo Maipon, que corre en las inmediaciones del sur de Chillan. El comandante en jefe don José Manuel Pinto, a quien secundaba el intendente de Arauco don Cornelio Saavedra, colocó su línea al respaldo noroeste de la loma, para ponerla a cubierto de las balas enemigas. Desde sus posiciones dominaba una llanura que se estendia hasta la quebrada de Collanco.

Los cuerpos de su division tomaron este orden de batalla: el 4.º de línea, mandado por el sarjento mayor don Toribio Fernández, tomó el centro; el cívico de Chillan, bajo la direccion

del comandante don Ceferino Vargas, la derecha; la brigada de infantería de San Carlos, que obedecía al capitán don José María Herrera, la izquierda; 80 hombres del 4.º, desplegados en guerrilla, cubrían el ala derecha, i 60 del mismo, la izquierda. A la derecha de la infantería habia dos cañones, a la izquierda uno i otro sobre la loma. Un escuadrón de cazadores a caballo i los carabineros de San Carlos se situaron en el flanco, los dos al mando del teniente coronel don José Vicente Venégas, i en el izquierdo, los carabineros de la frontera i los del Ñuble, a las órdenes del coronel graduado don Alejo Zañartu. Una compañía del 4.º, otra de la brigada de San Carlos i una mitad de cazadores a caballo, componian la reserva.

Los revolucionarios desplegaron en la llanura una larga fila de tiradores i dos piezas de artillería. Pinto mandó que saliese a escaramucearlos el capitán Santos Alarcon al frente de una mitad de carabineros de la frontera; siguió un breve tiroteo. Los del sur destacaron entonces otra hilera de tiradores, con el propósito de conocer la situación de la fuerza contraria i amagar su izquierda. Sin dilación partieron a detenerla el veterano capitán i sableador insigne don José María Alvarado con una mitad de cazadores, i el del mismo grado con Víctor Vargas con otra de los carabineros del Ñuble, haciéndola, en efecto, retroceder a su línea.

A las 2 de la tarde las fuerzas opositoras estendieron una fila mayor de tiradores que la recién replegada i ejecutaron todas un cambio de frente sobre la derecha. Imitada esta maniobra por Pinto, quedaron sus cuerpos mirando al poniente i defendiendo siempre los caminos. Los guerrilleros de los costados, conducidos por los capitanes Juan José Ayala i Demofilo Fuenzalida, salen al frente i rompen el fuego, que contestan las divisiones del sur con todos sus tiradores i sus 9 cañones. Al propio tiempo cuatro de sus escuadrones toman colocación a su izquierda. Una mitad de cazadores se desprende a cargarlos, pero anticipándose aquéllos arrollan al escaso número de jinetes enemigos.

En momentos tan críticos, el comandante Pinto corrió a ese punto con dos compañías del Chillan i dió lugar a la caballería

para que se rehiciera, cargase de nuevo i empujara a los escuadrones de montoneros mas allá de sus infantes. Cedian éstos igualmente acribillados por las compañías lijeras del gobierno. Cuando el jeneral en jefe se dirijia apresuradamente a la derecha, don Cornelio Saavedra partia a la izquierda, donde al cabo de un choque violento i rápido se desbandó la de los insurrectos. Avanza en estos momentos la infantería del 4.º a consumir la victoria; era tarde, porque todas las tropas colecticias del bando hostil al gobierno se dispersaron.

La division pacificadora del sur tuvo un total de 13 muertos i 55 heridos. Las pérdidas de los opositores pasaron de 20 muertos, 60 heridos i 300 prisioneros (1).

Grave error del comandante Pinto fué no haber cortado la retirada al sur a los escuadrones desbandados. Los jefes huyeron por lo tanto, al otro lado del Biobío con los restos de sus montoneras.

El 17 de abril solamente salió para los Anjeles una columna de 300 hombres, que iba a cargo de don Aniceto Cordovez, designado para servir como interino la intendencia de Arauco. El mismo dia tuvo noticia este funcionario de que Alemparte i Pradel, Calvucoi i Huenul habian repasado el Biobío, los dos primeros a la cabeza de 50 montoneros chilenos i los últimos, de 200 lanzas araucanas. El objetivo era rescatar a un corneta conocido con el apodo de «el negro Pedro» i a otros llamados Daniel Pérez i Felipe Cid, yerno de uno de los caciques, i sobre todo saquear los centros agricolas del sur del Laja. En la imposibilidad de llegar a tiempo para impedir los destrozos de las indiadas, mandó órden para que atacase a los rebeldes al sarjento mayor don Domingo Salvo, que habia reunido en Santa Bárbara, Pile i Picoltué 250 voluntarios de caballería o *lleulles*, armados de lanzas i una especie de maza como de un metro de largo, a que se daba el nombre de «garrote o tonto»; mui pocos llevaban carabinas de chispa.

Galopó el veterano en direccion a la Rinconada, junto a la orilla sur del rio Laja, de donde se sabia que regresaban con

(1) Parte del comandante Pinto inserto en la Memoria de Guerra de 1859.

un cuantioso botin de las haciendas de los señores Luis José Bena-vente, Domingo de la Maza i otros. Los halló en Picul, lugar situado a unos nueve kilómetros hácia el noroeste de la estacion Diuquin. Los atacó al instante con tanta impetuosidad i tan de repente que volvieron caras sin presentar ni siquiera una resistencia floja; largo trecho los fué lanceando. Perecieron en la persecucion 87 indios i como 12 chilenos; entre los muertos se contaban el cacique Huenul i un hijo de Calvucoi: este mismo quedó mui estropeado de una vuelta de su caballo. De los voluntarios, 1 resultó muerto i 5 salieron heridos (1).

Desde este triunfo, la defensa de estos lugares quedó al cuidado de Salvo, quien ocupó el 18 la ciudad de los Anjeles. Al dia siguiente llegó Cordovez.

Cuando ejecutaba esta hazaña, cargaban al animoso anciano 67 años de edad, i apenas tenía los galones de sarjento mayor graduado. Sus primeras campañas las hizo en las filas realistas. Se le dió de alta en el ejército patriota, en calidad de teniente graduado, en abril de 1823. Desde este año comenzó a prestar a la república relevantes servicios. Casi no hubo campaña contra Pico i los Pincheiras en que no le cupiese una participacion gloriosa. Hasta 1834 se habia encontrado en dieciseis acciones de guerra, en campañas hechas en la Araucanía chilena i argentina, bajo el mando de Lantaño, Carrero, Barnachea, Pedro Alarcon i Búlnes, o en desempeño de comisiones confiadas a él únicamente. Siete heridas habia recibido en tantos encuentros, algunos de ellos desesperados o convertidos en derrotas o retiradas heroicas.

Concurrió en 1835, a las órdenes del coronel don José Antonio Vidaurre, a libertar la 4.^a compañía del batallon Carampangue, sitiada por los araucanos en Collico, eminencia de faldas tendidas i selvosas al sur de Collipulli i que se enlazan con los cerros de Quechereguás. Se halló en el asalto que dieron los indios amigos al cacique Trapultrapa i al que éste dió al ejército en mayo del mismo año en Pidenco, cerros de la ribera sur del rio Huequen i que tambien se unen a los anteriores.

(1) Archivo de la provincia de Arauco.

El 6 de enero de 1836 se encargó de una parte de la division que mandaba el comandante don José Ignacio García, para sorprender algunas tribus alzadas de la orilla del Cautin (1).

Desde 1833 hasta 1845 sirvió el cargo de comandante de armas de Santa Bárbara, plaza que comenzó a repoblarse bajo su iniciativa. Desde este punto avanzado, verdadera puerta de los valles andinos i de los que caen al central, contuvo a los arribanos i pehuenches. Durante 12 años fué el terror de todas estas agrupaciones, que lo creian brujo por sus actos de extraordinario arrojo i prevision. Para sacar ventajas de esta supersticion, hacia creer a los indios que se transformaba en jote para ver a los ladrones i aplicaba delante de ellos el oido a un roble o una piedra para tomar alguna resolucion o darles alguna respuesta.

Sus proezas, mas fantásticas a veces que la misma ficcion, daban materia a la conversacion que a la luz del fogon entretenia por la noche al cultivador de la alta frontera.

Fué el último guerrero del temple de aquellos maestros de campo españoles, como Bernal de Mercado, Cortes Monroi, Núñez de Pineda i Salvador Cabrito, que, en papel secundario, asombran ahora por su intrepidez, su vigor material, sus aventuras i el temor que su nombre causaba a las masas de bárbaros; hombres en quienes andaban mezclados el heroismo, la devocion i la crueldad. Salvo era devoto de la Virgen del Cármen, a la que se encomendaba ántes de entrar en pelea i cuya imájen llevaba debajo de su casaca. Pocas veces perdonaba a los prisioneros. Cuéntase que en Picul halló escondido en una viña a un capitanejo de fama llamado Jervasio Illesca, quien le pidió arrodillado la vida. Salvo dió vuelta su caballo e hizo señal a los tiradores para que lo fusilaran (2).

Fatalista como el individuo de nuestro pueblo, decia a sus soldados: «No hai que tener miedo, porque uno muere cuando le

(1) Hoja de servicios, que existe en la Biblioteca Nacional, seccion Vicuña Mackenna, i en el archivo de la intendencia de Cautin.

(2) Datos de milicianos que sirvieron a sus órdenes i fueron testigos de estos hechos.

llega la hora; yo no he muerto a pesar de tener tantas heridas en el cuerpo; es que no me ha llegado la hora.»

Alto, bien compartido, un tanto jibado, moreno, con una cicatriz cerca de un ojo, su aspecto físico infundía también respeto a los que servían bajo su mando (1).

Con la matanza de Picul se exaltaron las pasiones de venganza i pillaje de indios i montoneros: cruzaron el Biobío i fueron a reunirse a la márjen derecha del Renaico, tierras de los caciques Calvucoi i Antiches, frente de donde ahora está la aldea Esperanza. Cerca de 2,000 había ya a fines de abril encabezados por Videla, Alemparte i Miguel Pradel i con el propósito de atacar i destruir las poblaciones. Por de pronto, empujaron a sangre i fuego para la línea de frontera a todos los moradores chilenos establecidos hasta el Malleco.

El intendente se dedicó activamente a conjurar el peligro: reforzó con infantería a los voluntarios de Salvo, movilizó dos compañías de milicias de Santa Bárbara i pidió auxilio a las comandancias de Concepcion i Ñuble; de esta última llegaron pronto 150 infantes. Con tales medidas pudo atemorizar a los montoneros, que desistieron de su proyectada invasion (2).

El gobierno entretanto principió a organizar con toda actividad una division de tropa veterana, que, secundada por las milicias del sur, debía pacificar la Araucanía. Púsose bajo la direccion del comandante de armas de Arauco don Cornelio Saavedra; pero el motin del 18 de septiembre en Valparaiso que

(1) Salvo continuó prestando sus servicios en la frontera. En noviembre de 1845 fué destinado al estado mayor de Concepcion; en 1852 se le nombró ayudante de la comandancia de armas de la provincia de Arauco; en 1865 se le destinó a la asamblea de la misma. En 1874 se le llamó a calificar, siendo teniente coronel efectivo. Murió en 1876 en Santa Bárbara, donde había nacido i adquirido desde tiempo atrás varias propiedades compradas a los indios. En la revolucion de 1851 simpatizó con la causa de Cruz, sin tomar ninguna participacion activa. Envío a un hijo a las filas de la revolucion, que no dió, con enojo de su padre, pruebas de valor.

(2) Archivo de la intendencia de Arauco.

causó la muerte del jeneral Vidaurre Leal, retuvo en esa ciudad al jefe de la expedición del sur, que asumió el mando de la provincia.

Por este retardo los opositores asilados entre los araucanos cobraron aliento i persistieron en mantener las armas contra el gobierno.

A escepcion de las reducciones de Coñoepan i Catrileo, toda la Araucanía estaba con las lanzas en las manos.

El objetivo era maloquear el pueblo de Nacimiento. Al amanecer del 12 de noviembre mas de 400 sublevados invadieron la isla de Vergara, incendiaron las bodegas i las casas, comenzaron a pasar por Tolpan el rio i a dirigirse al pueblo. El gobernador, sarjento mayor don Andres Campos, daba cuenta de la invasion a la intendencia en este oficio:

«Son las ocho de la mañana i la isla de Vergara se ve asediada por una multitud de indios i españoles, i el número se aumenta considerablemente a medida que pasa el tiempo, segun observaciones que se practican.

»La escasa guarnicion con que cuenta esta plaza, me priva el tomar medidas que pongan a cubierto el pueblo en caso de un amago que se proyecta a la hora que he indicado a usted en mi anterior comunicacion, o a haber habido la tropa de caballería que tanto he solicitado de US., se habrian evitado los males causados en la isla, cuyas casas i bodegas son ya un monton de escombros.

»Fundado en estas razones i que el asedio toma un aspecto serio i duradero, me dirijo a US. para que con conocimiento de las circunstancias se sirva remitirme mas tropa de infantería, bien amunicionada, i cincuenta cazadores con sus paquetes respectivos, debiendo prevenirle que en el parque solo existen sobrantes mil tiros de fusil, despues de amunicionada la fuerza de esta plaza.»

Al dia siguiente llegaron de los Anjeles 25 cazadores i una compañía del 3.º de linea, mandada por el capitan don Pedro Lagos. La artillería cívica i los infantes recién llegados rompieron el fuego contra los indios i los obligaron a emprender la retirada.

Por su parte el comandante interino de armas de la provincia don Luis José Benavente, coronel de guardias cívicas, organizó en los Anjeles una columna de 200 infantes del 4.º de línea, 100 cazadores a caballo i los milicianos de Santa Bárbara, en conjunto 1,291 hombres, i la puso bajo las órdenes del comandante del 3.º de línea don Toribio Fernández. A fines de noviembre esta tropa salió al interior de la Araucanía por los lugares denominados Juntas del Bureo i de aquí se acercó por Micauquen a la orilla norte del Renaico, en direccion a las tierras del cacique Calvucoi. Hicieron los indios i los montoneros una corta resistencia que les costó algunas bajas, i huyeron en seguida al otro lado del rio, por Mininco i Caillin.

La columna exploradora, que tuvo uno que otro herido, se ocupó a continuacion en destruir las sementeras de los indios i recojer una crecida cantidad de animales, que habian arrebatado en sus incursiones anteriores.

Despues del combate de Maipon, los montoneros i los indios habian trastornado en la baja frontera la tranquilidad pública, de igual modo que en la alta. Desde Laraquete hasta Lebu se enseñoreaba impunemente la revuelta, encabezada por Patricio Silva, que hacia de jefe, Miguel Peral, Nicolas Cuevas i Francisco Fontalba, los dos últimos jornaleros de Santa Juana.

En la mitad del mes de mayo estos individuos ocupaban el pueblo de Arauco, de donde dominaban toda la costa. La comandancia de armas de la provincia determinó desalojarlos de esta plaza, para lo cual se formó en Santa Juana un destacamento de 29 infantes del 4.º de línea, 26 de la brigada cívica de Lautaro, 25 jinetes de milicias i algunos paisanos decididos por la causa del gobierno.

El 19 de mayo se puso al frente de esta tropa el gobernador de Arauco don José Antonio Quezada, trasmontó la cordillera de Nahuelvuta i al dia siguiente llegó a la orilla derecha del Carampangue. En medio del fuego de los montoneros, que salieron en número como de 400 i con un cañon a defender el paso del rio, los asaltantes se apoderaron de dos lanchas.

A pesar de esta ventaja, se presentaba como mui difícil el pasaje del rio. Quezada celebró un consejo con sus oficiales,

que eran el comandante de la caballería cívica don Pascual Ruiz, el teniente de ejército don José del Cármen Bustos i el subteniente del 4.º don José Miguel Silva. Opinaron éstos que se llevase a efecto el asalto, para lo cual se pediría el auxilio de la corbeta «Constitucion» que mandaba el capitán don Galvarino Riveros i que vijilaba la costa desde Arauco hasta la isla de la Mocha.

De acuerdo con esta embarcacion, el 21 mandó Quezada echar a pique las lanchas i finjió retirarse por el camino de Santa Juana. Los montoneros pasan el Carampangue al ver este movimiento, unos en lanchas i otros a nado. Cuando estuvieron en el lado opuesto, emprendieron la persecucion, pero la tropa gobiernista habia contramarchado el 22 a la desembocadura del rio, a un terreno plano, donde podian maniobrar con libertad las caballerías. Los 70 infantes de la oposicion se situaron tras de unos tranqueros i de una casa pequeña. A las 12 del dia se rompieron los fuegos. Desalojada la infantería de los amotinados i embestida su indisciplinada i poco segura caballería, se produjo luego un desbande jeneral, con pérdida de 14 muertos i 8 prisioneros. Quezada no tuvo ni un soldado herido siquiera.

La corbeta *Constitucion* que habia llegado a tiempo a la bahía, envió sus botes para que la columna vencedora cruzara el rio. Los cabecillas de la revuelta huyeron en direccion a Lebu, destruyendo ántes el edificio i el archivo de la gobernacion (1).

En cuanto se reforzó la guarnicion de Arauco, el gobernador despachó, el 3 de junio, en seguimiento de los montoneros al capitán don Federico Soto Aguilar con un piquete de caballería e infantes. En ocho dias de esploracion, únicamente consiguió tomar a un teniente de Silva, llamado Francisco Carrillo, a quien hizo fusilar. En cambio de resultado tan pobre, pudo reunir en parlamento a los indios de Tucapel i arrancarles una promesa de sumision al gobierno.

A principios del mes de septiembre, quedaba todavía una

(1) Parte del gobernador Quezada i otros documentos orijinales que tenemos en nuestro poder i nos permiten publicar incidentes desconocidos hasta hoi.

banda de terribles merodeadores que recorrian los campos del departamento incendiando casas i atacando a su habitantes, particularmente a los subdelegados. La capitaneaban los montoneros Francisco Silva i Juan Valdebenito. Atacada por el cacique gobiernista Juan Hueraman i el subdelegado de Cupaño don Juan de Dios López, fué batida i apresada una buena parte de sus individuos; entre los prisioneros se hallaban los cabecillas que «fueron sometidos a juicio i la lei cumplida en ellos». Se rescató en este encuentro al subdelegado don Manuel Villar, que los montoneros conducian amarrado (1).

Tan luego como pasó el invierno, el mismo gobernador Quezada salió en octubre para Lebu con una partida de tropa. Iba a destruir la montonera de Patricio Silva, el cual se escapaba a la alta frontera para unirse a Pradel i Mangil. Pero esta fuga no significaba la estincion de las montoneras; al contrario, en toda la costa tomaban proporciones alarmantes: ademas de los indios i campesinos que componian las gavillas de los merodeadores, habíanse sublevado los mineros de Lota i Coronel; por todas partes incendiaban i producian el terror. Estando divididas las guerrillas en dos grupos, uno en el sur de Arauco i otro en Laraquete, acordaron juntarse en este último lugar para atacar aquella plaza i en seguida caer por el norte sobre el gobernador Quezada, a quien tomarian ademas por retaguardia los indios.

Habia quedado de gobernador interino el capitán de la 4.^a compañía del 3.^o de línea don José del Cármen Díaz. Al notar el 19 de octubre, en las cercanías de la plaza el grupo que se escurría para Laraquete, lo ataca con una fraccion de su tropa i lo pone en fuga, tomándole ántes 16 prisioneros. Quedaron así desbaratados sus planes (2).

El 21 llegó Quezada i como medida de precaucion desterró de Arauco a los vecinos Agustín Fuentealba, Manuel Martínez, Francisco Avila, Jacinto Maturana i Abelardo Fernández, sospechosos por ser opositores reconocidos.

No debia ser ésta la última embestida de los araucanos i mon-

(1) Archivo de la provincia de Arauco.

(2) Parte de Díaz a la comandancia de armas de Arauco.

toneros contra el pueblo de Arauco. El 12 de noviembre, el mismo día que tuvo lugar el ataque de Nacimiento en la alta frontera, se alistaba en Quiapo una partida de indios para acometer la plaza.

El gobernador comunicó al ministerio de la guerra estos detalles de un encuentro que se verificó en el lugar en que se reunían indios: «El 12 del presente mes tuve aviso que una partida de indios venía a invadir este pueblo. Inmediatamente mandé al alférez del piquete de cazadores don José Santos Reyes, con los 20 hombres de su mando i varios vecinos del pueblo. Luego que llegaron al punto de Quiapo donde se encontraba una partida como de sesenta o mas indios, los atacaron derrotándolos enteramente, en cuya refriega murieron como 25 indios i unos pocos heridos, i de la fuerza nuestra fueron heridos, con lanza, 7, entre ellos un cazador. Despues de este hecho me he encontrado sobre las armas por las amenazas que frecuentemente he recibido.

»En esta fecha ha fondeado en este puerto el vapor de guerra *Maipú* con el batallón 5.º a su bordo, que marcha con dirección a Lebu. El señor intendente don Cornelio Saavedra me ordena me ponga en marcha para Lebu con toda la guarnición de este punto a replegarme a las fuerzas del coronel Barbosa, para atacar a los indios i al montonero Patricio Silva. Durante mi ausencia he dejado al cargo de esta plaza al sarjento mayor graduado del batallón 3.º de línea don José del Carmen Díaz, con 10 hombres de la compañía de su mando.»

A pesar del refuerzo con que se engrósó la guarnición de Arauco, los indios i montoneros se presentaron dos veces mas delante de la plaza en actitud hostil.

«El día 18 apareció a inmediaciones de Arauco una partida de 500 individuos capitaneados por cabecillas chilenos. Inmediatamente salió del pueblo una pequeña fuerza que los batió por el lado del mar i al mismo tiempo que huían se presentaron diversos grupos sobre los cerros vecinos, desbandándose en todas direcciones. Los piquetes enviados contra estos grupos les hicieron tomar la fuga al cabo de algunos momentos de combate, teniendo, por nuestra parte, que lamentar la muerte de un oficial

i seis soldados del batallon 5.º de línea, los que llevados de un temerario arrojo, atacaron una partida de indios, por lo ménos diez veces mayor que la que ellos componian, con catorce hombres mas, que salvaron de aquel desigual encuentro.

»El 21 del mismo mes numerosas montoneras volvieron al ataque de Arauco i fueron igualmente derrotadas cerca del rio Carampangue. La falta de tropa de a caballo para perseguir a los vencidos, esterilizaba en cierto modo los esfuerzos de la guarnicion, que era atacada por nuevas partidas, fácilmente reorganizadas despues de cada derrota, i que no solo emprendian nuevos ataques, sino que devastaban las haciendas vecinas, entregando al saqueo los puntos que nuestros soldados no alcanzaban a defender» (1).

Concluia el año 1859 i los araucanos continuaban resueltos a seguir la guerra, en ocasiones por iniciativa propia i en otras para secundar a los guerrilleros que se asilaban entre ellos.

Los indios de la alta Araucanía no pensaban en la paz al entrar el año 1860. Esta actitud determinó al intendente i comandante de armas, coronel graduado Vicente Villalon, a espedicionar por el lado en que nace el rio Malleco. Partió de los Anjeles el 6 i el 8 deshizo dos veces una partida de indios que se atrevió a pelear. Hasta el 15 de enero continuó la division limpiando de araucanos, en una serie de escaramuzas, los lugares de su itinerario, Caillin, Mininco, Renaico, Colhue, Negrete i los Anjeles (2).

Por estos dias los indios i los montoneros atacaron por sorpresa i ultimaron con toda crueldad a un piquete de caballería apostado a la ribera norte del Bureo i que imprudentemente se arriesgó a pasarlo i adelantarse para el rio Mulchen.

Desde el Renaico al Cautin era un hormiguero de bárbaros alzados. Destruídos en un lugar, aparecian en otro acechando la oportunidad de dar un *malon*. Así fué que, a pesar de las derrotas que sufrieron en la escursion a Malleco, el 19 de febrero se

(1) Memoria del Ministerio de la Guerra de 1860.

(2) Ministerio de la Guerra, 1860.—Numerosas hojas de servicios que existen en nuestro poder.

presentaron con algunos chilenos, en número como de 2,000, delante de la guarnición de Negrete, compuesta de 150 infantes i 40 cazadores i mandada por el teniente coronel graduado del 3.º de línea don Luis Felipe Campillo. Parapetados éstos convenientemente, resistieron con decisión i valentía el empuje de los asaltantes.

El Presidente de la República felicitó a la guarnición por la bizarra defensa de la plaza (1).

Los araucanos, que con tanta resolución acometían a las tropas de caballería, se amilanaban de ordinario con el fuego de los fusiles i cañones, miedo que perduró en ellos desde Pedro de Valdivia hasta el último combate de la Araucanía.

Dirijiéronse de aquí las indíadas a Nacimiento, plaza que habia quedado un tanto desguarnecida por el auxilio que de ella se sacó para Negrete. El coronel Villalon dispuso que saliese en su proteccion un refuerzo de los Anjeles, i él mismo partió a dirigir la defensa.

El 24 se aproximaron al pueblo araucanos i cabecillas chilenos; la fuerza defensora los recibió con un nutrido fogueo, los puso en derrota i los persiguió a mas de una legua de la poblacion.

Villalon creyó que no cesaria la hostilidad de los araucanos hasta que no se llevara al corazon de sus posiciones una espedicion numerosa i formal, capaz de infundirles temor i dispersarlos léjos de la línea de frontera. Con este objeto partió de Nacimiento el 19 de marzo a la cabeza de una division de 600 hombres de las tres armas. Se trataba ademas de proteger a los caciques Pinolevi i Catrileo, adictos al gobierno, i por lo mismo considerados como traidores a su raza i perseguidos por los otros jefes indíjenas.

El 24 llegó a Puren el coronel Villalon, de cazadores a caballo. Los terribles pureninos, tan indomables en la guerra con los españoles, no se dejaron avasallar esta vez i opusieron sus lanzas a las armas del gobierno en diversos encuentros parciales que se efectuaron durante cuatro dias. Los indios perdieron 30

(1) Nota de 8 de marzo de 1860.

hombres i sus ganados, con los que se costeó la espedicion, i la fuerza regular, 1 oficial i 3 soldados. Villalon tuvo al fin que contramarchar sin haber realizado en todo sus planes ofensivos, por no dejar debilitada a su espalda las guarniciones de las plazas fortificadas (1).

Aunque ménos guerreros que los abajinos de Nahuelvuta, llanistas o *lelvunches*, arribanos i pehuenches, tampoco se rendian los araucanos de la costa. En esta rejion, sostenian principalmente el teson tradicional de la raza las tribus del bajo Imperial.

Al terminar el mes de noviembre, la «division pacificadora de Arauco» recibió un contingente de caballeria de linea enviado de los Anjeles. El jefe de esta fuerza, coronel del 5.º don Mauricio Barbosa, inició sin tardanza una campaña al interior, para concluir con las montoneras e indios rebeldes. Llegó a la desembocadura del Lebu i siguió hasta Tirúa, en enero de 1860.

Esperimentaron los indios en esta comarca el decisivo fracaso de que habla esta comunicacion del gobernador al ministro de la guerra: «El 17 del presente a las cuatro de la tarde asaltaron como 800 indios de Boroa i la Imperial alta a una pequeña fuerza de indios amigos i algunos cívicos que cuidaban la caballeria de la division del señor coronel Barbosa. Esta se hallaba en Tirúa, como a dos leguas de distancia del grueso de la division.

»Los indios enemigos lograron su éxito matando a tres indios de los nuestros i se arreaban todos los caballos. Luego tuvo conocimiento el señor coronel de lo ocurrido i mandó en seguida dos compañías de infantería, una del 5.º i otra del 7.º, i 25 cazadores. Esta fuerza anduvo con mucha actividad; luego les dieron alcance a los enemigos i se tirotearon. Nuestra fuerza restituyó inmediatamente todos los caballos que se habian llevado i además les quitaron doscientos ensillados; nuestros infantes lograron quedar todos a caballo. Se contaron en el campo 80 i tantos

(1) Ministerio de la guerra.—Hojas de servicios de soldados i oficiales que hicieron esta campaña.—Archivo de la provincia de Arauco.

individuos muertos, fuera de los heridos i de los que se escaparon en los bosques; al día siguiente se han encontrado algunos cadáveres mas escondidos en la montaña; se les quitaron cuatrocientas lanzas el día de la refriega, i la dispersion fué completa. Los indios quedaron bien escarmentados por el atrevimiento que tuvieron.

»De nuestra fuerza fué herido levemente de lanza un soldado del 7.º»

Acobardáronse los *lawquenches*, costinos, con este golpe, temieron los cabecillas chilenos caer prisioneros i Barbosa, aprovechando este pánico, entró en relaciones amistosas con algunos caciques. El resultado final de este acuerdo fué la celebracion de un parlamento el 4 de marzo en Tucapel, i del cual da estos pormenores al gobernador el jefe de la expedicion:

«Tengo la satisfaccion de participar a US. que hoí ha concluido la junta jeneral de indios, que en mis notas anteriores habia anunciado a US. debia tener lugar el 25 del presente i que, por circunstancias de conveniencia pública, creí necesario retardarla hasta ayer. En dicha junta he convenido con los caciques los arreglos siguientes:

»La parte comprendida desde «Cupaño», en que principian las poblaciones indijenas, hasta «Tirúa» queda dividida en 4 gubernaturas, que serán mandadas por los caciques Hueraman, Mariñan, Polma i Lepin. Todas ellas tendrán por límites, al oriente la cordillera de Nahuelvuta i al poniente la mar; siendo sus otros límites los siguientes: la primera, desde el río Pilpilco hasta reunirse al Cupaño, que toma el nombre de Lebo en su desembocadura al mar, por el norte; al sur, el río de Tucapel hasta llegar a la quebrada de los Negros i de este puente, línea recta al río Pangué. La segunda, desde esta línea hasta la laguna de Nagalhue que se une al Paicavi. La tercera, desde este río hasta el estero de Antiquina; i la cuarta, desde éste hasta Tirúa, siguiendo la cordillera de los pinales que se une al mar i que toma el nombre de los Riscos.

»Cada gobierno queda con un ayudante i un capitán *cona* (de guerra) i a éstos i a aquél les he señalado, en virtud de la autorizacion que tengo, el sueldo anual siguiente: ciento diez pesos

(\$ 110) al gobernador, setenta (\$ 70) a los ayudantes i sesenta (\$ 60) a los capitanes *conas*.

»Los gobernadores deben entenderse directamente con las autoridades del departamento de Arauco.

»No se debe permitir la internacion a estos lugares de ningun cristiano, ni español como ellos dicen, sin conocimiento de la autoridad gubernativa i sin que justifique la licencia de poder vivir entre ellos, con un cónstame de su buena conducta que le dará el gobernador del departamento en medio pliego de papel signado con el sello de su despacho o con alguna señal convenida. Este documento deberá quedar en poder del cacique gobernador para su conocimiento i para que pueda entregar al individuo o individuos residentes en su distrito, siempre que las autoridades cristianas necesiten hacerlos comparecer ante ellos.

»El gobernador departamental llevará libro alfabético en que asentará los nombres i apellidos del individuo o individuos cristianos que soliciten permiso para vivir entre los indios, con espresion del lugar i gubernatura indígena en que van a fijar su residencia.

»Si por tolerancia los indios permitiesen vivir entre ellos a algun individuo sin los requisitos necesarios espresados anteriormente, o se negasen a entregarle cuando la autoridad le pida, serán responsables con sus bienes de los males que orijine.

»Habiéndoles hecho cargo a los caciques principales sobre los gastos ocasionados en la presente guerra, promovida por ellos i cuyo valor he calculado en veinticinco mil pesos (\$ 25,000), han convenido en que éstos sean pagados con los bienes de los caciques Namuncura, Antihuen, Antillen, Trarupil, Calvulao, Alcaman, Paillao, Huaiquiñir i Millan, que son los que mas parte han tomado en los acontecimientos pasados i cuyas propiedades son las siguientes: Tucapel, Elicura, Tromen, Peleco, Nagalhue, Lloncao, Tiruá, Yani i la Alvarrada. Pero habiéndoles hecho presente que el gobierno no tenia necesidad de estos terrenos, i espuesto ellos de que los indios culpables se encontraban ausentes i que no tenían otra cosa con que responder, por ahora, que sus bienes raices, acordamos que estas tierras quedarian en empeño hasta que compareciesen sus dueños a satisfacer la parte del

gasto que les corresponde, despues de dividida proporcionalmente entre ellos la cantidad total; que durante el empeño estas tierras quedan a disposicion de los caciques gobernadores para que las ocupen en bien de los indios pobres i de todos aquellos que soliciten permiso para sembrar o poner animales en ellos.

»Quedan separados por la cordillera de Nahuelvuta los indios costinos de los lelvunches, bajo cuyo dominio los habia puesto el finado comisario Zúñiga en vida del cacique Colipi.

»Quedan suspendidos los capitanes de amigos o lenguaraces que habian existido hasta aquí, i el único que podrá entenderse con ellos i a quien he nombrado capitan de amigos de estos gobernadores, por indicacion de ellos mismos, es Anjel Méndez. A éste le he señalado un sueldo de doscientos veinte pesos al año (\$ 220) en virtud de los muchos e importantes servicios que ha prestado.

»Si el supremo gobierno se viese obligado otra vez a tener que mandar fuerzas para contener desórdenes cometidos por los indios o rechazar invasiones o amenazas de invasion de éstos a los pueblos vecinos, serán responsables con sus bienes, no solo los promovedores de ellos sino los caciques gobernadores que tolerasen el atentado.»

El invierno de 1860 trajo una tregua a las operaciones militares de la alta frontera; mas, luego que la primavera les permitió el libre tránsito por el territorio, algunos cantones indíjenas comenzaron a ajitarse de nuevo. El gobernador de Nacimiento don José Bartolomé Sepúlveda, avisaba el 20 de octubre al intendente que «en la llanada al sur de Caillin, a este lado del Malleco», se encontraban «en parla» Mangil, Calvucoi, los dos Pradeles, Pedro Cid, Patricio Silva i otros, con mas de 500 indios i como con 150 chilenos. Sus miras no podian ser otras que dar algun asalto. El mismo funcionario comunicaba cuatro dias despues que con intenciones semejantes se reunian en los Saucos los indios arribanos, de Puren, boroanos e Imperial; Painemal i Piucon, el hijo de Melin, se encargarian de un «malon» al occidente de la sierra Nahuelvuta (1).

(1) Archivo de la gobernacion de Nacimiento.

No obstante esta disposición de ánimo de los caciques, contraria a la paz, algunos propietarios de las dos riberas del Bureo, que eran los que mas perjuicios recibían con el alzamiento de los indios, entraron en recados con Mangil, Calvucoi i don Bernardino Pradel, oficiosamente unos i a nombre de las autoridades otros. Se convino celebrar una entrevista al sur de Renaico, a la que debían concurrir el jefe de los montoneros i el de los indígenas. Asistieron al lugar de la cita algunos representantes de la población fronteriza, entre los cuales figuraba como mas caracterizado el vecino de los Anjeles don Juan Antonio Bastidas, i otros por parte de los indios i montoneros. Mangil, receloso siempre, escusó su asistencia con mensajes de amistad. Algunos capitanejos de segunda importancia, como Pantaleon Sánchez, que servía de intérprete a Pradel, se disculparon de su conducta pasada e hicieron gravitar en éste toda la responsabilidad. A nada determinado se arribó, pero tácitamente quedó establecida la suspensión de las hostilidades (1).

Para afianzar el sometimiento de todas las tribus, en el mes de noviembre una columna del ejército hizo una escursión de reconocimiento al interior. Se manifestaban todavía en actitud de rebelión las indiadas del sur de Perquenco, de uno i otro lado del río Cautín. El coronel Villalón preparó un cuerpo expedicionario i abrió una campaña que duró desde el 2 de enero de 1861 hasta el 5 de febrero. El comandante en jefe derrotó a los indios en los encuentros de Trufruf, el 9 de enero, i Quilapilun, el 29 del mismo; i el sarjento mayor don Emeterio Letelier los sorprendió el 30 en un paraje llamado «vegas del Cautín», destrozándolos por completo i apoderándose de sus armas, que dejaron abandonadas al huir. Por la comarca de Puren practicaba otra escursión el coronel graduado don Alejo San Martín, comandante de carabineros de los Andes (2).

Los Pradeles quedaron residiendo en las habitaciones de Mangil hasta que la lei de amnistia les permitió abandonar la

(1) Datos de un miliciano que asistió a esta entrevista.

(2) Archivo militar de la provincia de Arauco, que se encuentra hoy en la de Cautín.

tribu de su jeneroso amparador. Partidas pequeñas de indios i chilenos solian aproximarse a algun centro poblado de la frontera con listas de encargos para don Bernardino, i hasta su hijo se acercaba a la línea i aun llegó a pasar una vez el Biobío por Negrete; mas, perseguido por soldados de la guarnicion, volvió a refujiarse al interior (1).

Terminaba de este modo en el sur la revolucion de 1859. Habia sido ménos popular que la de 1851 entre los habitantes de la frontera. En cambio, el carácter de guerrilla que adquirió desde el principio i la circunstancia de haberse asilado sus promotores en el territorio araucano, contribuyeron a que los indios le prestaran su apoyo i se sublevaran en masa. Como guerra de escaramuzas, merodeos i sorpresas, no tuvo tampoco la unidad de direccion de la de 1851.

El hombre mas preeminente del pronunciamiento revolucionario, habia sido sin disputa don Bernardino Pradel. «Era uno de los caracteres mas singulares llamados a figurar en la éra revolucionaria que entónces se abria. Dotado de una imaginacion tan exaltada como inculta i de un corazon capaz de las mas violentas resoluciones como de los actos mas superiores, estaba caracterizado admirablemente para el rol que iba a desempeñar en las revueltas. Frances de raza, parecia en la contienda civil uno de aquellos grandes i terribles comisarios de la Convencion del 93 que obligaban a los jenerales de la República a vencer los ejércitos enemigos, colocándolos entre la gloria i el patibulo. Tenia entónces cuarenta i tres años (habia nacido el 20 de mayo de 1808), pero los bríos de la juventud circulaban intactos por sus venas. La actividad de su espíritu era asombrosa i mas extraordinaria era todavía la locomovilidad física con que servia su pensamiento, pues parecia tener músculos de fierro, tan grande i tan asidua fué en aquella época la rapidez de sus movimientos.

»Sus ideas revolucionarias eran antiguas i profundas; tenia un eneroso i exaltado patriotismo, al que su fogosa fantasía prestaba los colores i la avidéz de una pasion. Su honradez, por

(1) Archivo de la intendencia de Arauco.

otra parte, i la lealtad de su carácter se habian hecho proverbiales en su provincia nativa i granjeádole en ella tantos amigos cuantos habitantes de algun valer habia en los pueblos i en los campos.

»Por lo demas, su carrera política habia sido oscura hasta aquella época, pues en los negocios públicos de la provincia i del país, él solo habia figurado en su carácter de confidente del jeneral Cruz, sin que se le viera tomar una participacion activa en los sucesos. No estaba tampoco organizado aquel hombre extraño, que encontraba su teatro verdadero en la agitacion de la revuelta armada, para las arduas i sijilosas combinaciones de la política o de la intriga, que en Chile son gemelas, porque la impetuosidad de su carácter rompía toda valla, i ademas un defecto que aquejaba su órgano auricular, hasta privarle enteramente del oído, le hacia dificultoso todo contacto con la cosa pública.

»No habia alcanzado tampoco aquella ilustracion que, por mediana que sea en las provincias, abre a sus hijos el difícil camino de la capital i del poder. El mismo nos ha contado que permaneció solo nueve meses en la escuela, cuando era mui niño, i que despues nunca tuvo otro maestro que su ingenio; así es que maravilla la intensidad de éste i la singular movilidad con que va presentando sus facies en la conversacion o por escrito.

»Hasta el año de 1830, Pradel habia residido en Concepcion, ocupado en el comercio como dependiente de su padre (a quien acompañaba en sus frecuentes viajes a Santiago, pues siendo sordo, le servia de intérprete) o en jiro propio. El habia visto pasar los sucesos de 1829 sin tomar otra participacion en ellos que la de sus secretas simpatías por la causa liberal que entónces sucumbió. Mas tarde, llegó a ser el amigo predilecto de aquel coronel Vidaurre, aun no juzgado por la historia, que murió como un traidor en el patíbulo, i que, sin embargo, tuvo la ambicion, mas no el éxito de Bruto! Pradel estuvo al cabo de todos los planes de aquel infeliz caudillo, i en realidad, su injerencia en la política de su patria data de aquella amistad de corazon, como sus compromisos en la revolucion de 1851 habian

tomado oríjen, en gran manera, de su amistad por el jenera Cruz.

»Alejado de Concepcion desde 1835, a consecuencia de un rompimiento con la municipalidad de que era miembro i que, en su concepto, no observaba su reglamento interno, fuése a vivir en una hacienda solitaria a orillas del Diguillin, en el curato de Pemuco, provincia del Ñuble.

»Ahí pasó cerca de quince años, entregado a la labranza, obstinado en no visitar a Concepcion, durante mas de diez años, pues ni aun por la muerte de su padre quebrantó el propósito que habia hecho de no salir de su retiro, fuera por misantropía, fuera por su enojo con el cabildo penquista.

»La amistad por el jeneral Cruz i su amor a los indios, entre los que despues ha vivido errante algunos años, son pues los rasgos mas salientes de la vida pública de aquel hombre.»

Cuando la lei de amnistía amplia que dictó el presidente Perez el 18 de octubre de 1861 puso término a la responsabilidad de delitos políticos, se fué a residir a Chillan, desde donde ejerció mucha influencia en los pueblos del sur i reducciones de la Araucanía. Puso al servicio de don Cornelio Saavedra sus relaciones con los caciques para que permitieran el avance de la línea de frontera i la fundacion de nuevas poblaciones (1).

Los demas comprometidos fueron encausados conforme a la lei marcial i condenados a muerte, pena que se les conmutó por el destierro. Tirapegüi huyó despues de Maipon a la cordillera i de ahí a Talcahuano, donde se embarcó para el Perú; Videla fijó su residencia en Lima, ciudad en que se asilaron casi todos los proscritos de 1859. Ahí murió en setiembre de 1860 don José Miguel Carrera Fontecilla (2).

(1) Murió mas tarde en Santiago, anciano i rodeado de las consideraciones de sus amigos i correligionarios.

(2) Videla regresó del Perú en 1882. Ejerció los cargos de gobernador de Lináres i del Parral e intendente de Ñuble; desempeñó ademas los puestos de inspector de los ferrocarriles del Estado i director jeneral de la explotacion. En 1883 fué elegido diputado por los departamentos de Yungai i Chillan. En 1891 abrazó la causa del presidente Balmaceda i falleció en Santiago en 1892.

Pedro Ruiz Aldea fué sometido a juicio en 1859 por su participación en el levantamiento de los Anjeles i condenado a muerte. Despues de un año de prision en la cárcel, salió del país a cumplir a Estados Unidos la pena de estrañamiento que se le impuso. Permaneció en el destierro hasta 1861 (1). Intervino magnánimamente en su favor don Cornelio Saavedra.

Parte activa en la formacion de los procesos tomó don Salvador Cabrera, secretario antiguo de la intendencia i juez accidental, a quien Ruiz Aldea califica con el lenguaje duro i apasionado de la enemistad política i personal en los escritos que dejó sobre la crisis política de 1859.

Al comandante don José Antonio Yáñez se le condujo a Concepcion en calidad de reo político, en junio de 1860, por la capitulacion de los Anjeles. Se redujo a prision igualmente al gobernador accidental de Nacimiento don José F. Piñeiro.

Fin mas desgraciado tuvieron Pedro Cid i la «Monchi»: el primero sufrió la pena capital, «amortajado, con grillos, un crucifijo en las manos i rezando despavorido las oraciones que le dictaba el sacerdote», segun Ruiz Aldea; la segunda tuvo que refugiarse entre los araucanos hasta 1862.

El 24 de octubre de 1861, el gobierno, vivamente interesado en el problema de someter i civilizar a los indijenas, nombró de comandante en jefe del ejército de operaciones sobre el territorio araucano, al intendente i comandante jeneral de armas don Cornelio Saavedra, teniente coronel. Comienza desde esta fecha el período de esta historia rejional que se ha denominado «ocupacion de Arauco».

(1) Ruiz Aldea se distinguió como periodista i escritor satírico. Durante su destierro escribió un libro titulado *La política en Arauco*. Su produccion mas conocida es un folleto denominado *Los araucanos i sus costumbres*, que contiene algunos datos interesantes acerca de la sociabilidad araucana de la época en que escribia, pero que son en conjunto muy deficientes i sin alcance científico.